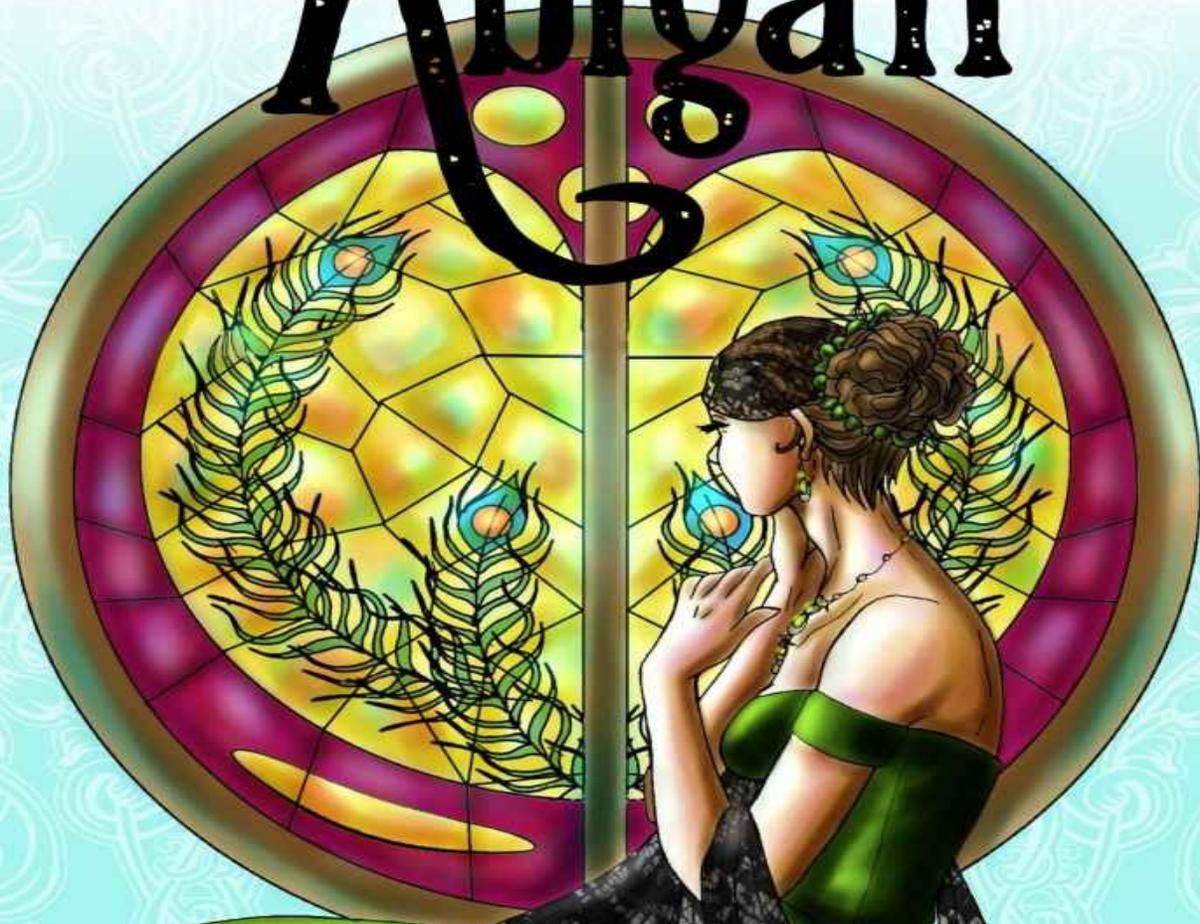
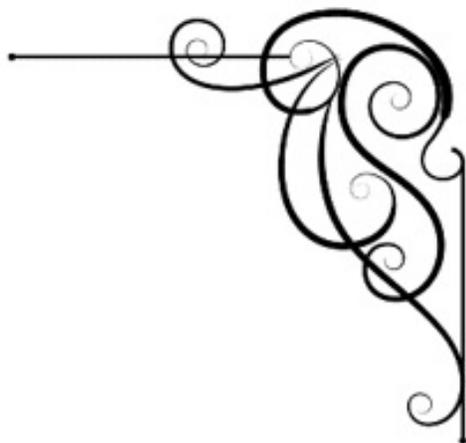


Abigail



lcn

Lidia Castro Navàs



Abigail



Lidia Castro Navàs

Título: Abigail
Autora: Lidia Castro Navàs

Copyright © del texto, Lidia Castro Navàs, 2019
Copyright © de la ilustración de la cubierta, Andrea Obregón Mantecón, 2019

Primera edición: 11 noviembre de 2019

www.lidiacastronavas.wordpress.com

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio electrónico o mecánico sin autorización por escrito de la autora, además de cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

«Mira en tu propio corazón, porque quien mira afuera, sueña, pero quien mira adentro, despierta».

Jane Austen

Índice

Presentación en sociedad

Juliette

Aniversario

Fiesta benéfica

Confidencias

En el lago

Bridge, té y pastelitos de crema

El baile

Teomancia

Paseo a caballo

La carta

El refugio de caza

Navidad

Es lo correcto

Sudores nocturnos

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora



Presentación en sociedad



Ya es por la mañana y siento los nervios ascender por el estómago. Aún quedan unas dos horas hasta la recepción, tengo tiempo de sobra para arreglarme. Pero estoy muy emocionada e inquieta.

Hoy es el día de mi presentación en sociedad, cumplí los diecisiete la semana pasada y mis padres han convocado a los nobles del condado a una fiesta al aire libre, en los jardines.

Todavía sigo sentada a los pies de la cama, mis piernas no paran de balancearse en el aire, sin tocar el suelo, mientras admiro el vestido, que cuelga en la puerta del armario.

Es blanco, estampado con florecillas de color lila, rosa y amarillo. El escote es generoso, aunque no demasiado; mi madre se ha ocupado de ello. La falda empieza justo debajo del pecho, donde destaca un ribete de color azul celeste; es recta y llega hasta los pies. Las mangas son largas y vaporosas; llevan el mismo ribete en los puños. Los botines de piel blanca reposan en el suelo, por debajo del vestido. Quedan ideales, aunque solo se verá la puntera y eso me entristece, pues los botones que llevan son de nácar y brillan con la intensidad del sol.

«Ya me encargaré de levantarme un poco la falda para lucirlos», me digo a mí misma mientras esbozo una sonrisa pícaro.

—Buenos días, señorita Abigail. Con permiso —dice mi dama de compañía, asomada en la puerta.

—Juliette, no me llames así —la reprendo—. ¡Ah, mi tocado!

Me lanzo hacia ella al ver que trae entre sus manos el adorno que llevaré en el pelo.

Se trata de un detalle sencillo, con dos plumas de color azul celeste, unos lazos amarillos que cuelgan; todo rematado por un broche de nácar y turquesas.

¡Me encanta!

—Cuando esté lista, la peinaré.

—Sí, solo necesito unos minutos.

Asiente mientras deja el tocado con cuidado encima de la cómoda y sonrío. Sabe que es mi día y que estoy nerviosa. Se marcha.

Me acerco a la cómoda, que está frente a la ventana, y veo que en los jardines hay mucho trajín.

Las mesas ya están dispuestas con los faldones, las sillas forradas alrededor y los centros de flores, colocados. Hay guirnalda colgadas entre los árboles y los farolillos preparados para ser encendidos más entrada la tarde. Luce todo espectacular.

Miro al cielo y los tímidos rayos del sol consiguen pasar entre unas nubes poco densas.

Solo deseo que no llueva. Aunque hay un gran envelado pensado por si se diera el caso, quiero pasear y bailar con libertad para lucir mi vestido; me fastidiaría mucho ensuciarme los bajos de barro y estropear mi apariencia.

Cierro los ojos y mentalmente pido que no llueva, que las nubes respeten este día, mi día.



Ya ha llegado la hora. Estoy lista para acceder al jardín en cuanto me llamen.

«Señorita Abigail Wilford», escucho desde la terraza donde estoy esperando. Se encuentra dos niveles por encima del jardín, así que tengo que acceder a través de una escalinata.

Empiezo a descender con elegancia, cogida del pasamanos de abalaustrada. Casi no noto el tacto de la piedra, pues los guantes blancos me lo impiden.

Mi madre se ha empeñado en que llevara un chal azul celeste, por si refrescaba. Lo llevo, pero no en los hombros, sino colgado de los codos y lo dejo caer hacia atrás.

Mi padre, al pie de la escalera, aguarda sonriente. Tiene las manos a la espalda, pero en cuanto llego a su altura, me cede su brazo izquierdo.

Lentamente nos dirigimos juntos hasta la mesa principal, momento en que dará comienzo el banquete.

De camino hasta allí, soy el foco de todas las miradas; me gusta sentirme observada.

Veo a algunas señoras comentando algo sobre mi belleza; unos señores, a su lado, asienten impresionados.

Yo sonrío y levanto el mentón con orgullo. Me siento muy segura de mí misma; me siento bella.

El camino de césped, delimitado por piedras colocadas para la ocasión, nos guía hasta la mesa que ocuparé junto a mis padres, abuelos y hermanos.

Es un día importante, para mí y también para mi familia.

Debo causar buena impresión.

Me esfuerzo por no dejar de sonreír y saludar a todo el mundo con un leve gesto de cabeza, agradeciendo así su presencia en el evento.

Es justo entonces cuando lo veo por primera vez.

Él es el único de los presentes que no me está mirando, sino que está susurrándole algo al oído a otra chica y le roba un beso en la mejilla. Me sorprende su actitud tan poco adecuada.

En ese momento nuestros ojos se encuentran y mi cuerpo se tensa. Siento cómo su mirada me recorre por dentro hasta llegar al corazón, que empieza a latir más rápido. Tengo la certeza de que a él le ha pasado lo mismo, pero sigo adelante con decisión, intentando disimular la turbación que me ha provocado.

En cuanto mi padre me retira la silla para ofrecerme asiento en la mesa, da comienzo el banquete y vuelvo a estar inquieta, aunque nadie se percata de ello.

Los platos, todos ellos muy elaborados y deliciosos, van desfilando por las mesas de mano de una multitud de sirvientes que hoy llevan sus mejores uniformes de trabajo.

Apenas puedo comer, mi estómago está cerrado, pero no es un problema para mí fingir que lo estoy haciendo con naturalidad; además, el vino que me han servido, por primera vez en mi vida, me ayuda a relajarme y a disfrutar de un ambiente un tanto más distendido.

Nuestra mesa está adornada hasta el más mínimo detalle: con un centro de rosas blancas, lazos

amarillos y plumas azules. Estos tres elementos se repiten en cada mesa y en cada rincón del jardín.

En los postres, compuestos de lionesas de nata cubiertas con chocolate caliente, muchos jóvenes se acercan hasta nosotros.

Algunos van acompañados de sus propios padres; otros, que aparentan mucha más edad que yo, vienen solos.

Todos se presentan formalmente, se inclinan con respeto y hablan con mi padre. Veo cómo me miran de reojo y escucho que hablan de rentas y dotes.

De entre ellos, hoy saldrá mi futuro marido. Estoy segura de ello. En realidad, es el principal objetivo de esta fiesta.

No paran de venir hasta nosotros, en un desfile inacabable, pero ninguno de ellos es *él*: el chico con quien me he cruzado la mirada antes. No sé quién es ni cómo se llama. Pero no puedo evitar pensar en *él* y en lo que he sentido.

Me gustaría volver a verlo y pienso en el momento del baile, quizás entonces tenga la oportunidad de coincidir nuevamente.

Pero suenan los primeros acordes de la banda, que se encuentra en la pista de baile improvisada, y mis deseos se ven frustrados.

No lo encuentro cuando miro a mi alrededor, como si hubiera desaparecido, como si hubiera sido solo fruto de mi imaginación, como si no existiera...

No vuelvo a verlo en toda la fiesta.



Juliette



Aún recuerdo el primer día en que vi a Juliette, el día en que nos conocimos. Esperaba de pie en la puerta trasera de casa, la de acceso a la cocina y al almacén.

No era el lugar habitual para mí, pero solía escaparme para recorrer los rincones que desconocía. Era mi particular forma de vivir aventuras sin ausentarme de casa.

Me disponía a salir por la puerta de la cocina para dirigirme al establo, donde la gata gris había dado a luz a un montón de gatitos.

No podía dejar escapar la ocasión de verlos y achucharlos.

Y, allí estaba ella, de pie en el rellano, con cara de corderito asustado, sosteniendo una maleta de cartón muy pequeña; demasiado pequeña para contener toda una vida.

Dos trenzas castañas enmarcaban su rostro delgado y pálido, donde destacaban un par de ojeras pronunciadas. Su mirada, fija en el suelo, denotaba su inseguridad, su miedo. No era mucho mayor que yo.

—Hola —le dije sonriendo.

Ella levantó la mirada, me devolvió la sonrisa, pero no dijo nada.

—Me llamo Abigail, pero puedes llamarme Abbi. ¿Cómo te llamas? —insistí.

Ella me escrutó con la mirada de arriba a abajo, estaba claro que no entendía qué hacía una niña tan bien vestida y limpia en la zona del servicio. Supo, desde el primer momento, que ese no era mi lugar. Aun así, me respondió.

—Juliette —dijo sin más.

—¿Quieres venir a ver unos gatitos recién nacidos? —le ofrecí.

Ella miró alrededor, como buscando a la persona a la que esperaba.

—Yo... —Su respuesta quedó entrecortada cuando la llamaron.

—Juliette, este será tu uniforme —dijo con voz grave el ama de llaves—. Pasa por aquí, te mostraré tu catre.

Juliette me dedicó una mirada de disculpa y siguió a la voz que le hablaba desde dentro. Yo me escabullí, para no ser vista.

La pobre se había quedado huérfana cuando sus padres murieron, víctimas de cólera hacía algunos años.

Su única posibilidad de prosperar en la vida era ingresar a servir en una casa de alto nivel adquisitivo.

Esa fue mi casa.

Se convirtió en mi dama de compañía, en mi asistente personal. De hecho, fue mi compañera de juegos, primero y mi confidente, después.

Confío en ella más que en nadie en el mundo. Es una persona leal, sé que jamás me traicionaría.

El día que la conocí supe que llegaríamos a ser muy amigas. Y todavía hoy lo somos.



—Juliette, ¿has visto qué ha pasado? —Casi le grito mi indignación al acabar la recepción. Me está ayudando a quitarme el vestido.

—Ha estado fantástica caminando del brazo de su padre —dice ella sin entender a qué me refiero.

—¿No has visto a ese chico? El que estaba con una chica rubia, ¿el que me ha ignorado!

—Dudo mucho que hubiera ningún chico que no posara los ojos en usted en ese momento — afirma con sorna.

—Lo digo de verdad, Juliette, había un chico en el jardín, que al principio no me miraba, pero cuando lo ha hecho... —Pongo los ojos en blanco y resoplo.

—¿Te has enamorado? —me susurra; siempre lo hace cuando me tutea.

—No lo sé, ¿es eso el amor?

—Yo tampoco lo sé. —Sigue quitándose horquillas del pelo—. ¿Se refiere a Oscar Vane, el chico que pidió su mano? Se dice que ha sido el preferido de su padre.

—¡No! —Me tapo la cara con vergüenza.

—¿Pues quién es, entonces?

—No lo conozco, ni siquiera sé su nombre —digo apesadumbrada.

—Pues yo creo que Oscar es muy bien parecido —me guiña un ojo de forma pícara.

—Sí, además, le ha ofrecido un trato a mi padre muy bueno. Estaba muy satisfecho. Creo que ya ha aceptado el compromiso.

—Eso significa que... ¡Te vas a casar! —grita.

En seguida se tapa la boca con una mano, al darse cuenta de que ha levantado mucho la voz y podría haberla oído alguien dirigirse a mí de forma inapropiada.

—Sí. —Le tiro de la mano que aún cubre su boca.

Sabe lo mucho que detesto que me tenga que hablar de esa forma. ¡Hemos crecido juntas!

—Va a ser emocionante ayudarle con todos los preparativos. —Sigue hablando entusiasmada.

A mí me gustaría mostrar la mitad de su alegría, pero no puedo quitarme de la cabeza al chico del jardín. ¿Quién será? ¿Y por qué me ha hecho sentir tan...? Ni siquiera sé expresarlo en mi mente, menos aún con palabras...

—Y ¿qué aspecto tenía ese otro chico? —me pregunta con curiosidad.

—Tez morena, ojos claros, cabello castaño y una mirada penetrante que me ha paralizado y me ha llegado su vibración hasta aquí —digo poniéndome una mano encima del pecho.

—Vaya, eso tiene que ser amor o... ¿hambre? Es muy conocido el dolor que provoca no haber desayunado; como usted hoy, que no ha probado bocado antes de la presentación.

Le pongo mala cara. Tiene razón en que no he desayunado, pero... Ella no entiende lo que he sentido.

Prefiero desterrar de mi memoria a ese chico; me ha hecho sentir algo extraño, pero se ha comportado de forma inadecuada durante la recepción.

Me voy a centrar en mi prometido, en mi futuro marido: Oscar Vane.

—¡Au! —grito. Me está cepillando el pelo y me ha dado un tirón.

—Disculpe, señorita Abigail —dice con una risilla.

—No me llames así, Juliette. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Sí, lo sé. Pero, ya sabe, es mi deber. —Para de cepillarme el pelo y se acerca a mi oído—.

No siempre puedo tutearte, Abbi —me susurra.

Aparte de mi amiga Beth, solo ella me llama Abbi, pues mi madre detesta ese diminutivo, siempre me dice que no me puso un nombre tan bonito para que todo el mundo me llame de otro modo.

Es nuestro pequeño secreto, aquello que escondemos con complicidad, como nuestra amistad, que traspasa las barreras de las imposiciones sociales.



Aniversario



Aún no estamos en pleno invierno, pero la noche se presenta fría; el abrigo de pieles, que he escogido para la velada, me protegerá de camino a la ciudad.

Vamos a ver un concierto al Teatro Real de Londres. Mi marido preparó este fin de semana de ensueño hace meses y reservó las entradas justo en el centro de la platea, mi zona preferida; con las mejores vistas de todo el teatro, ni demasiado cerca del escenario para sentirse incómoda ni demasiado lejos para perderse los detalles.

Pienso en los niños mientras me acabo de arreglar para salir, ya habrán cenado y es muy probable que se estén preparando para dormir.

Antes de irme pasaré a darles su beso de buenas noches; como todas las noches, jamás faltó a esa «cita». Se han quedado a cargo de Mary, la niñera; además, Juliette sabe dónde estamos y si pasara algo... es muy eficiente; eso me tranquiliza.

Tengo ganas de salir, hace mucho que no lo hacemos, quiero pasear del brazo de Oscar y disfrutar de la música de cámara. Hoy es nuestro día.



El carruaje nos deja justo en la puerta del edificio, donde una multitud se agolpa luciendo sus mejores galas, bajo el cartel luminoso que alumbra buena parte de la calle. Se nota la excitación en el ambiente.

Oscar me cede el brazo para entrar al teatro y yo camino erguida a su lado.

Me gusta esa sensación de atraer todas las miradas. Lo contemplo y sonrío. Le quiero. Nos queremos.

Hoy hace siete años desde nuestro compromiso matrimonial y Dios nos ha bendecido con mucho amor y dos hijos varones maravillosos.

Me siento tan afortunada...

Entramos en el Teatro y nos recibe el cálido ambiente de sus paredes revestidas de madera noble, sus suelos finamente enmoquetados y sus cortinajes de un rojo llamativo que cubren palcos y ventanas. Todo es rojo y dorado; dorado y rojo.

Solo venimos a Londres en ocasiones especiales y la mayoría de las veces que lo hacemos es

para asistir al teatro.

Dejamos los abrigos a buen recaudo en la consigna y nos dirigimos a nuestros asientos.

Al desprenderme de las pieles, por fin puedo lucir mi vestido de terciopelo negro estampado de pedrería, que brilla con luz propia bajo los apliques de las paredes.

Por el camino, Oscar se para a charlar con sir Arthur Williams, un noble de Southampton conocido de sus padres.

Su mujer me sonrío e inclina la cabeza en señal de saludo; yo la imito y me desprendo del brazo de mi marido para acercarme más a ella.

—Buenas noches, lady Vane.

—Por favor, llámeme Abigail, —le digo sonrojada.

—Está bien, Abigail. ¿Cómo están los niños? —Se interesa.

—Bien, crecen tan rápido... —Le sonrío mientras me admira el camafeo que llevo ajustado en el cuello. De forma instintiva dirijo la mano hacia él—. Es un regalo de Oscar, por nuestro séptimo aniversario.

—¡Oh, es precioso! Mis felicitaciones, querida.

—Gracias, lady Williams —le digo inclinándome y sin dejar de sonreír.

—A principios de año celebraremos una fiesta benéfica en nuestra casa —me comenta la mujer—, espero que puedan asistir.

—Por supuesto, siempre es un placer acudir a sus fiestas —le agradezco—. ¿Cuándo será exactamente?

—A mediados de enero, pero no se apure, que cuando el evento esté cercano, le haré llegar las invitaciones.

Asiento agradecida y lady Williams me sonrío satisfecha.

Oscar se despide de sir Arthur y yo me inclino para hacer lo propio, mientras él me posa la mano en la espalda indicándome que podemos continuar hacia nuestras butacas.

Llegamos con ayuda de un mozo que, muy amablemente, nos muestra el sitio exacto. Oscar se sienta y yo me dispongo a ello también, pero, justo en ese momento, lo veo a lo lejos.

Siento una punzada en el corazón. Lo reconozco. Es *él*. Otra vez *él*. El chico que estaba en mi presentación en sociedad... Pero ya no es tan joven. Es un hombre hecho y derecho.

Él también me ha visto. Nos observamos de punta a punta del teatro y nos sostenemos la mirada. Son solo unos segundos, aunque me parecen una eternidad.

Han pasado siete años y, por extraño que parezca, vuelvo a sentir lo mismo; esa conexión que hace vibrar mi corazón.

Sigo sin saber quién es, pero va muy elegante vestido y lleva del brazo a una mujer que intuyo que es su esposa.

Entonces, regreso a la realidad. Miro a Oscar, que está sentado justo a mi lado. No se ha percatado de nada, pues está leyendo el folleto de la actuación. Yo sigo todavía de pie.

¡Qué situación tan desconcertante!

Tomo asiento y procuro calmar mi respiración agitada.

Por suerte, apagan las luces y empieza la música.

Me siento abrumada.

Intento concentrarme en el concierto, pero no puedo dejar de pensar en *él* durante todo el espectáculo.

Incluso cuando Oscar toma mi mano y me dedica una sonrisa llena de felicidad.

Yo se la devuelvo, pero me siento culpable; culpable por no estar disfrutando de nuestro día,

de nuestro aniversario, y tener en mente a alguien que ni siquiera conozco, pero que despierta en mí unas sensaciones que nadie ha conseguido hacerme sentir jamás.

Cuando acaba la representación, me levanto de mi asiento inquieta, pero ya no vuelvo a verlo. Ya no hay rastro de *él*.

Vuelve a desaparecer de mi vida.



Fiesta benéfica



Las fiestas en casa de los Williams son siempre muy glamurosas, es por eso por lo que he escogido uno de mis vestidos más atrevidos: seda negra con reflejos granates y mis hombros totalmente al descubierto.

Llevo mi largo pelo acicalado en un recogido alto del que se sueltan unos cuantos tirabuzones oscuros. Es obra de Juliette, que tiene una gran habilidad a la hora de peinarme. Yo creo que es por su infinita paciencia y que no se perturba por nada.

Además, luzco las mejores joyas que tengo: un collar de brillantes y rubíes que reposa sobre mis clavículas y unos pendientes de las mismas piedras preciosas que cuelgan casi hasta rozar mis hombros.

Oscar me regala joyas muy a menudo y a mí me encanta lucirlas siempre que puedo; hoy es una de esas ocasiones en las que me gusta poder mostrar mi porte y elegancia.



Somos los primeros en aparecer en la fiesta y, después de que un sirviente anuncie en voz alta nuestra llegada, escucho a lo lejos una pieza que alguien está tocando en el pianoforte del salón principal.

Nos acercamos y compruebo que los Williams están alrededor del instrumento embelesados con la música.

La que está tocando es su nieta mayor: Susan.

Esperamos en el umbral, sin traspasarlo, para no perturbar la escena familiar, íntima; hasta que la pieza acaba y rompemos el silencio con un sonoro aplauso.

—Ha mejorado mucho en su práctica, ¿verdad? —Se dirige a nosotros sir Arthur con satisfacción. Yergue la cabeza y tira con su mano derecha de la solapa de su chaqué. Se le ve orgulloso del talento natural de su nieta.

—Mucho, es cierto —responde Oscar admirado.

—Sed bienvenidos a nuestra casa —dice lady Williams acercándose con los brazos abiertos—. Estás preciosa, querida.

—Muchas gracias, lady Williams. —Me inclino—. Solo intento imitar su elegancia —le

devuelvo el cumplido.

Ella se sonroja y acepta mi halago.

—Mientras llega el resto de los invitados, ¿por qué no nos tocas algo tú, Abigail? —me propone.

—Uy, hace tiempo que no toco. Desde que tuve a los niños...

Aprendí a tocar el piano siendo muy jovencita, antes incluso que a bordar. No se me daba bien la costura, pero, en cambio, el pianoforte era uno de mis pasatiempos más entretenidos. Toda chica de mi edad y posición debía aprender a tocarlo si quería impresionar en fiestas y banquetes.

—Esto no se olvida, querida. —Me coge del brazo y me conduce hasta el taburete donde aún está sentada su nieta.

Muy amablemente, la joven se levanta y me cede su asiento con una sonrisa.

—Bueno, puedo intentarlo... —digo casi arrepintiéndome de no haberme negado en rotundo desde un principio.

Me siento con la espalda bien recta, coloco las manos sobre las teclas, no sin antes pasar las páginas de las partituras, hasta encontrar una pieza acorde al momento.

Dejo fluir los dedos sobre el marfil y el ébano intentando recordar la sensación de tocar sin siquiera prestar atención al texto.

Las notas brotan de entre mis dedos y la gente, a mi alrededor, parece embriagada con ellas.

«Es cierto, esto no se olvida», pienso.

Alzo la mirada al techo artesonado, lleno de molduras y con una gran lámpara de araña en el centro que emite mil destellos; cierro los ojos y me dejo llevar por la música.

Cuando mis dedos por fin paran y la melodía cesa, todos aplauden. Abro los ojos de nuevo.

Oscar me dedica una sonrisa y lady Williams parece complacida.

Me levanto y giro sobre mí misma. Las mejillas se me tiñen de rojo al comprobar que un buen número de personas se habían sumado al improvisado recital. No he sido consciente de su llegada mientras tocaba. Todas ellas aplauden. Me siento abrumada.

—¿Cree que podríamos tocar algo a dúo, lady Vane? —me pregunta, Susan, la nieta de los Williams.

—Por supuesto —le respondo sorprendida por el ofrecimiento.

—Pero será en otro momento, mi niña —interviene lady Williams—, ahora va a empezar la cena benéfica.



Entramos al comedor, donde una mesa larga y ovalada preside la sala llena de otras mesas redondas más pequeñas.

Están engalanadas para la ocasión: mantelerías de lino que llegan al suelo, candelabros de plata con velas encendidas, servilletas en forma de cisnes, que reposan sobre los platos de porcelana fina, y buqués de flores rojas encima de pies que simulan columnas clásicas con tiras de cuentas brillantes que cuelgan... Han prestado atención hasta al más mínimo detalle.

En cuanto tomamos asiento en nuestros respectivos lugares, me doy cuenta de la imperiosa necesidad que tengo de ir al baño... Vaya, ¡qué inoportuno! Debería esperarme a los postres, por lo menos; no puedo levantarme justo cuando nos acabamos de sentar.

Y, en ese momento en el que me estoy debatiendo entre si levantarme o seguir el protocolo, el

repique de una copa llama mi atención y la de todos los presentes.

—Buenas noches, sean bienvenidos a esta fiesta —empieza a decir sir Williams que se ha alzado en la cabecera de la mesa presidencial.

Todos lo miran, ajenos a mis pensamientos, incluso a mi persona.

Creo que le llevará un buen rato explicarnos por qué nos encontramos hoy aquí, así que decido levantarme e ir en busca de un tocador.

Puede que pase inadvertida mi ausencia. Serán solo unos minutos.

Ni siquiera Oscar se percata de que me he levantado y me alejo de la sala.

Camino por un largo pasillo enmoquetado en busca del baño de invitados cuando, de repente, aparece *él* al otro extremo.

Otra vez *él*...

¿Qué hace aquí?

También está solo y avanza en mi dirección de forma pausada.

Me observa fijamente, como si hubiera encontrado lo que andaba buscando, y puedo ver cómo le brillan los ojos al mirarme.

¿Cuántos meses han pasado desde que nos viéramos en el teatro?

Yo dejo de respirar por unos instantes y solo deseo que no se detenga ni diga nada.

«¡Por favor, que continúe caminando!», ruego mentalmente.

Mi mano izquierda está tocando de forma inconsciente la pared y, con ella, me guío para no perder el camino.

Justo cuando nos cruzamos, *él* tensa la mandíbula, vira su mirada al frente y sigue andando hacia adelante, como si nada.

Yo me paro y dejo ir todo el aire que había contenido hasta ese momento. ¿Se puede saber qué ha pasado?!

Me tiemblan las piernas y mi cuerpo se ha tensado para debilitarse a continuación. Como si fuera un suflé que salió mal.

Con cierta dificultad, consigo llegar al tocador.

Me refresco, me retoco el maquillaje y me miro en el espejo; no puedo negar que me envuelve una luz especial.

En cuanto salgo del lavabo, me dirijo de nuevo a la cena, con el ímpetu renovado. Vuelvo a ser yo: segura de mí misma.

Llego justo a tiempo al comedor. Me uno a los aplausos que los presentes le dedican a sir Williams, mientras que el personal del servicio empieza a aparecer, con los manjares preparados para ser servidos.

Da inicio la cena, que transcurre sin más percances hasta el momento de las copas, en que nos hacen pasar al salón contiguo.

Allí se forman corros con conversaciones animadas de temáticas diversas.

Mi marido no se separa de mí ni un solo momento. Me coge por la cintura con cariño mientras conversa con diferentes personas.

Él me quiere y me respeta mucho. No me da de lado como otros maridos han hecho con sus esposas desde que dio inicio la cena.

Observo a mi alrededor y veo eso: maridos charlando entre ellos, mientras las mujeres son apartadas en un rincón y se mantienen alejadas.

Oscar, no. Él me incluye en la conversación, aunque sin ponerme en evidencia y me permite expresar mi opinión en algunos temas; incluso me alienta a ello. Cosa que otros hombres no hacen.

Me siento afortunada del marido que tengo, de mi vida. Soy feliz.

Vamos cambiando de grupo y de conversación y en ese momento nos acercamos a uno donde está *él*.

Cuando me doy cuenta, me está mirando, con esa profundidad que tanto me descentra.

Aparto la mirada con disimulo, aunque un tanto abrumada. Sé que *él* sigue mirándome, pero yo no voy a hacerlo más. Voy a evitar su mirada, pues es descarado e inadecuado. ¡¿Qué se ha creído?!

A mí me gustan los hombres con clase, intelectuales, que valoran a las mujeres, como Oscar, mi marido, quien me quiere, respeta y valora por lo que soy.

¿Por qué me desequilibra tanto ese hombre al que ni siquiera conozco?

Decido separarme del grupo, antes incluso de que nos acerquemos del todo, con la excusa de saludar a una mujer que veo a lo lejos.

Es un simple pretexto para apartarme. Me siento incómoda; *él* me hace sentir incómoda. Sigo sin saber quién es, cómo se llama o cómo es su voz. Pero prefiero no saberlo.



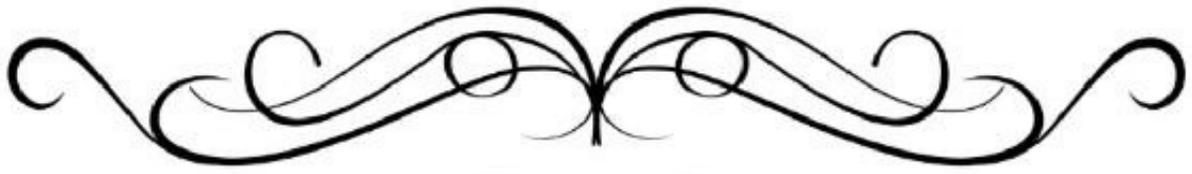
Por suerte, la fiesta termina pronto y podemos volver a casa.

Por el camino no dejo de pensar en lo ocurrido en el pasillo del tocador y en ese hombre... en *él*.

Me siento mal por ello, pero no puedo evitarlo; está en mi mente.

Incluso cuando llegamos a casa y Oscar y yo hacemos el amor, sigue presente la sensación que ese hombre despierta en mi cuerpo.

Me detesto.



Confidencias



Después de los dos últimos encuentros con... *él*, me siento desconcertada. Su presencia altera mi existencia, hasta el punto de perder el equilibrio y dudar de todas las decisiones que he tomado en esta vida.

Es de madrugada. El sol todavía no ha roto la oscuridad del cielo y yo, desvelada, he bajado a la cocina para hacerme un té.

De repente, me parece oír pasos en el corredor... Me giro inquieta hacia la entrada.

La puerta se abre de un golpe y aparece Juliette en camión, «armada» con una escoba.

—¿Se puede saber qué haces aquí, Abbi? —dice relajando su rostro cargado de tensión.

—No creo que con esa escoba hubieras detenido a un ladrón. —No puedo evitar reírme.

Ella dirige su mirada a la escoba, que lleva aún alzada entre las manos, y también sonrío, al darse cuenta de lo ridículo de la situación.

—¿Se encuentra mal? —me pregunta mientras suelta el «arma». Recupera la compostura y deja de tutearme.

—No, es solo que... necesito una amiga con la que hablar. —Con un gesto la invito a sentarse conmigo a la mesa y le señalo la tetera. Ella acepta, pero no se sienta, sino que pone cara de haber recordado algo y se encamina hacia la alacena.

Cuando vuelve, trae consigo los restos de la tarta de arándanos del día anterior, unas onzas de chocolate y una botella de un contenido oscuro.

—Hay ocasiones en las que el té no es suficiente —me dice divertida.

—¿Qué es esto? —le pregunto señalando la botella.

—Ginebra de endrinas —afirma altanera—, hecha por mí.

—¿Hecha por ti? —Me sorprende que no sepa las cosas que se llevan a cabo en mi propia cocina.

—Sí, yo misma la destilo; está aromatizada con pimienta y cardamomo —me explica—. Mi toque personal es un poco de hinojo.

—¿Y de dónde sacas todas esas especias?

—Mi primo John, que está destinado en Bangladesh, me trajo muchas de allí.

Sonríe y yo me alegro de haberla despertado.

Pone los restos de la tarta en medio de las dos y me ofrece una cuchara.

Vamos a comer directamente de la bandeja. No recuerdo la última vez que comí sin usar la

vajilla.

Sirve dos vasos de esa ginebra suya y reparte el chocolate. Entonces, se acomoda en la silla y me mira, esperando a que empiece a hablar.

—¿Alguna vez has pensado que tu vida no es la que debería ser? —digo.

La cuchara llena de tarta, que sostiene en una mano, se queda a medio camino de su boca. La baja y la deja de nuevo en la fuente.

—He tenido ese pensamiento muchas veces. Pero no puedo creer que le ocurra lo mismo a usted —exclama con cierta indignación.

—Sí, lo sé. —Me tapo la cara con las manos, avergonzada—. No se trata de lo afortunada que soy al haber nacido en el seno de una familia adinerada, me refiero a... que no sé quién soy. ¡No me conozco!

—Yo sí que la conozco, y sé que es una persona inteligente, responsable, generosa, alegre... que sabe disfrutar de la vida, sin dejar de preocuparse por los demás.

Sonríó y bajo la mirada hacia la mesa.

—Te lo agradezco —digo tímidamente.

—¿Qué es lo que te pasa en realidad? —Ahora se ha puesto seria y vuelve a tutearme, en un intento por acercarse más a mí. Me interroga no solo con las palabras, sino también con sus ojos.

Yo dudo por un momento si explicarle lo del hombre misterioso o...

—Si no me hablas claro, no voy a poder ayudarte —insiste—. ¿Se trata de un problema conyugal, tal vez? —Va directa al grano.

—No, lo cierto es que con Oscar todo va... bien. —Me doy cuenta de que, en realidad, no debería estar quejándome de nada.

—Bueno, parece que no es necesario que algo vaya mal para sentirse decaída.

—Es cierto... —Hago una pausa y el silencio se hace denso—. ¿Te acuerdas de mi presentación en sociedad?

—¿Cómo olvidarla? —responde echando la cabeza hacia atrás—. Fue una fiesta espectacular y tú estabas espléndida.

—¿Y recuerdas lo que te conté después, al acabar? —Espero no tener que lamentarme de esto—. Sobre ese chico...

Ella me escruta con su mirada y entrecierra los ojos como queriendo recordar la escena que le estoy planteando.

—¿Cuál de ellos? Había centenares de chicos, de las mejores familias del condado. No sé adónde quieres llegar...

—Había uno que no conocía de nada, uno que al principio me ignoró, pero que, en cuanto cruzamos nuestras miradas, algo mágico ocurrió.

—Apenas recuerdo cómo era Oscar por entonces. —Sonríe levantando los hombros.

—Se comportaba de forma inadecuada y por eso me fijé en él... No lo volví a ver después de cenar.

—Me resulta familiar tu indignación por la noche, cuando todo terminó, por algo ocurrido, pero... —Se rasca una sien—. En todo caso, ¿qué pasa con él?

—Pues que lo vi en el teatro hace tres meses; ayer, otra vez, en la fiesta benéfica y... —me callo de golpe. En realidad, solo lo vi, nada más, pero ¿debería hablarle de lo que sentí?

—¿Y? —me insta a continuar mientras mastica con excesiva lentitud una onza de chocolate.

—Bueno... que, al vernos, nos sostuvimos la mirada y volví a sentir lo mismo que en mi presentación —digo apretando los dientes.

—¿Me estás diciendo que recuerdas lo que sentiste hace más de siete años? —Se rasca la barbilla mientras vuelve a clavarme su mirada.

—Claro que lo recuerdo, jamás podré olvidar esa vibración que me ascendió hasta llegar al corazón.

—Vaya... Pues sí que fue algo mágico. —Coge el vaso de ginebra que tiene en las manos y se lo bebe de un solo trago. Luego, lo deja caer de nuevo sobre la mesa profiriendo un golpe seco.

—Más de lo que creí en ese momento...

—¿Y quién es?

—No lo sé. Ni siquiera sé su nombre —digo dejándome caer en el respaldo de la silla.

—¿Está casado?

—Sí. También vi a su esposa. Además, tengo la certeza de que debe de tener hijos.

—Vale... Entiendo la situación. Está claro que sientes algo por él, y él por ti, a tenor de lo que me explicas. Pero la pregunta es... ¿qué quieres hacer al respecto?

—Nada.

—Pues entonces está claro, ignora lo que sientes; olvídalo. Sigue con tu vida.

—Pero ¿y si lo vuelvo a ver?

—¿Hay muchas posibilidades de que eso ocurra?

—¡No lo sé! —clamo indignada. Eso es lo que me saca más de quicio, no saber si volveré a verlo—. Desde la primera vez pasaron muchos años y, ahora, lo he visto dos veces en menos de tres meses.

—Espera... Acércame tu taza —me dice señalando la loza de té que estaba tomando antes de su llegada. Vierte lo poco que quedaba en su vaso vacío y observa con atención el fondo.

—¿Qué haces?

—Teomancia —me dice sin apartar sus ojos de la taza—. Leo los posos de tu té para saber cómo ayudarte.

—¡Qué interesante! No tenía ni idea de que sabías hacer eso —exclamo con sorpresa. Siempre me han atraído este tipo de artes adivinatorias—. ¿Y qué ves?

—Veo... una flor, allí; lo que parece un diamante, ahí; y una serpiente muy clara, aquí mismo —me indica mientras me señala con la cucharilla cada montoncito de té.

—Y esas cosas ¿qué significan? —pregunto perpleja.

—Una flor suele representar el amor, pero un amor del pasado, no uno nuevo. El diamante tiene que ver con un descubrimiento, algo que se desvelará pronto. Y, finalmente, la serpiente; esta muestra las tentaciones y debilidades humanas.

—Un amor del pasado... un descubrimiento... tentaciones... —repito en voz alta lo que me acaba de decir Juliette como intentando poner en orden mis pensamientos—. No acabo de entender qué debo hacer.

—No es un arte muy literal, hay que interpretarlo...

Juliette se ha quedado con los ojos cerrados, sosteniendo aún la taza entre sus manos. Parece meditar sobre lo que acaba de ver.

—Abbi, si el destino os vuelve a encontrar es por alguna razón. Sigue tus instintos, escucha a tu corazón y noerrarás —sentencia finalmente.



En el lago



Los rayos del sol se empiezan a colar por los gruesos cortinajes del ventanal que llega hasta el techo. Una de esas líneas de luz traviesa se posa en mi rostro, obligándome a fruncir el ceño y girar sobre mí misma con pereza debajo de las sábanas. Estiro un brazo esperando encontrar a Oscar durmiendo a mi lado, pero solo hay un espacio vacío.

Entonces recuerdo que tenía que cerrar unos negocios antes del viaje.

Como él mismo dice, el dinero no debe permanecer quieto, hay que moverlo; y eso mismo es lo que hace: viajar, reunirse, invertir allí donde nadie lo haría, buscar socios inversores entre otros nobles como nosotros...

Yo no entiendo mucho de economía, lo único que sé es que ni a mí ni a mis hijos nos falta de nada y todo es gracias a «mover» el dinero.

Esta mañana vamos a empezar con los preparativos para trasladarnos unos días a Germansweek, donde se encuentra nuestra casa de campo, cerca de Dartmoor, al oeste de Devon.

Por fin ha empezado la primavera y, con ella, nuestras visitas prolongadas al campo con los niños, para poder disfrutar del buen tiempo y de la naturaleza. Además, faltan solo tres días para el cumpleaños del pequeño Andrew y lo vamos a celebrar en el lago Roadford, al que podemos acceder desde nuestro propio jardín. Estoy ansiosa por ver su carita de felicidad mientras corretea por allí.

Unos toques suaves en la puerta interrumpen mis pensamientos.

—Buenos días, lady Vane. Su marido me ha pedido que la despierte —me dice Juliette mientras corre las cortinas dejando entrar la luz.

Incluso con el paso de los años y nuestra complicidad, se niega a tutearme.

—Buenos días, Juliette. —Mi voz suena algo adormilada—. ¿Qué hora es?

—Las nueve y media.

—¿Y los niños?

—Mary los está vistiendo. El desayuno está servido en el comedor.

—Perfecto. Gracias.

Me levanto y puedo escuchar que los caballos ya están relinchando en la puerta principal; los mozos están cargando los arcones con las provisiones.

Me visto y bajo a desayunar. Los niños ya están sentados a la mesa. Les doy un beso en la frente a cada uno y les sonrío. Son mis dos tesoros. En cuanto me siento, aparece Oscar con cara de preocupación.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—No he podido terminar todo lo que tenía pendiente. Se me ha complicado una negociación —responde serio—. Tengo que reunirme con mis socios con urgencia.

Temo que me diga que no va a venir a Dartmoor o incluso que queda anulado el cumpleaños de Andrew.

—Así que los he invitado al lago —dice finalmente—. Allí podemos terminar los negocios mientras disfrutamos del campo. ¿Te parece bien?

—Por supuesto, me encanta la idea. Ahora mismo avisaré para que lo tengan todo previsto antes de su llegada. —Sonrío.

—Solo son tres, pero vendrán con sus esposas e hijos.

—Estupendo, más diversión para nuestros pequeños.

Lo que parecía un contratiempo, ha acabado siendo un simple cambio de planes.



Por fin hemos llegado.

El viaje se me ha hecho largo, pues los niños estaban muy inquietos y con ganas de bajar para correr. He tratado de entretenerlos usando sus soldaditos de plomo y contándoles historias; pero mis intentos han sido en vano. Además, los nervios por tener invitados inesperados me han mantenido la mente ocupada.

La casa está ventilándose y algunos de los muebles aún permanecen cubiertos por sábanas blancas. Tal y como los dejamos el otoño pasado.

El personal del servicio no para de ir de aquí para allá, con mucho trasiego.

Ellos vinieron antes para colocar todo en su sitio, limpiar la casa, hacer las camas, prender la lumbre de la cocina...

Pero nosotros nos hemos adelantado un poco, porque esta tarde llegarán los invitados.

Mañana hemos previsto un día de pícnic en el lago. Mientras Oscar trabaja con sus socios al aire libre, el resto tomaremos el sol y nos divertiremos.

Oigo a los niños gritar por el jardín mientras juegan con los perros. Mary los vigila, así yo puedo centrarme en supervisar que todo esté en orden y no falte nada.

Recorro cada estancia comprobando el estado de la limpieza y la decoración. Me gusta cuidar los detalles, así que le he pedido a Juliette que se pongan jarrones con flores silvestres, recogidas en las cercanías, en cada habitación de invitados.

Todo está como quiero.

Finalmente, me dirijo a la zona de la cocina para dar las últimas instrucciones sobre la cena de hoy y el pícnic de mañana.

Es importante que no se olviden del postre, no quiero que sea simple por tener que comerlo en el campo, quiero unos dulces bien elaborados.

Tampoco puede faltar la merienda para los niños y mayores; a todos nos entra hambre horas después de haber comido.

Un té con leche, bollos de mantequilla y mermelada de frutos rojos; esa es la mejor de las opciones para una buena merienda.



Ya estamos a orillas del lago Roadford, disfrutando de una mañana incomparable. Luce el sol en el cielo azul y las aguas del lago están serenas, calmadas. Los rayos de luz se reflejan en la superficie como si fuera un espejo.

Hay más gente gozando de este fabuloso día en el campo y el ambiente es festivo, jovial.

Oscar está enfrascado en una animada conversación con sus socios inversores. Mientras yo estoy recostada en una tumbona de tela a rayas junto a sus esposas.

Busco a los niños con la mirada, están jugando con los perros un poco más allá. Sonrío al verlos tan felices, corriendo y riendo con los demás niños. Me transmiten su entusiasmo y me siento dichosa de que ellos estén disfrutando tanto.

Me recuesto de nuevo en la tumbona. El sol me da en la cara y me obliga a cerrar los ojos. Puedo notar su calidez entrando en mí, apoderándose de mi cuerpo. Es una sensación reconfortante.

De repente, me cubro los ojos con la palma de la mano, a modo de visera, y miro a lo lejos; algo ha atraído mi atención en la otra orilla del lago.

No puede ser... ¡es él!

Me había costado mucho, me había esforzado hasta el extremo, pero había conseguido olvidarlo. Y, ahora, ahí está. Junto con su mujer y sus hijos.

Esta vez, compruebo que *él* no se ha percatado de mi presencia, así que me permito observarlo de lejos más de la cuenta.

Tiene un punto altanero, aunque lo encuentro un hombre atractivo, muy atractivo y seguro de sí mismo. Se le ve feliz, está contento.

No puedo creer que casi lo había olvidado y vuelvo a tenerlo en frente provocándome de nuevo un tornado de emociones en mi interior.

Me levanto; estoy contrariada. ¿Por qué tengo que sentirme así cada vez que me lo encuentro?

Me dirijo a la mesa de refrigerios, necesito beber algo para refrescarme.

Llevo un vestido blanco vaporoso muy cómodo, no por ello deja de ser elegante, pues tiene unos detalles de encaje que me encantan.

Mi pelo está semirrecogido y la melena ondulada se mueve gracias a la brisa que sopla a orillas del lago.

Esa misma brisa me trae el aroma de mi propio perfume: huelo a vainilla. Cierro los ojos al embriagarme con ese maravilloso olor.

Me sirvo una limonada y decido alejarme un poco.

Las otras mujeres están charlando tranquilas y los niños juegan bajo la supervisión de Mary. No hay nada que me impida pasear un poco por el bosque cercano. Necesito perderme entre los árboles y aclarar mi mente.

Me adentro en la arboleda y siento la paz y el silencio de este lugar; me cala y me aporta la tranquilidad que ansío.

El contacto con la naturaleza me hace bien. Coger distancia de la ciudad es importante para recuperar el equilibrio.

En seguida pierdo la noción del tiempo.

Respiro profundamente y me acerco a un árbol. Poso la mano sobre su tronco y puedo captar

la vibración, la vida que recorre su interior.

En ese preciso momento, oigo su voz por primera vez.

«Hola».

No tengo ni que girarme para saber que es *él*. Mi cuerpo reacciona como si lo sacudieran por dentro.

Mi mano derecha se apoya todavía en el árbol. En la otra, sostengo el vaso de limonada ya terminada.

Entonces, me doy la vuelta muy lentamente. Ahora, es mi espalda la que se apoya en el tronco áspero y rugoso.

En el momento en que nos encontramos con la mirada, *él* frena su avance.

Está a escasos dos metros de mí. Estoy atrapada entre el árbol y *él*. Mi respiración se detiene de golpe y espero que no se aproxime más.

—Soy... Matthew —dice inclinándose, pero sin dejar de mirarme.

Ha titubeado. No me dice su apellido, cosa que no muestra su rango social.

Se hace un silencio incómodo.

—Abigail —respondo yo algo insegura.

No deja de mirarme, fascinado, se le ve sorprendido por lo que está sintiendo por mí. Lo mismo que siento yo por él.

Aunque ahora estoy bloqueada, como todas las veces que nos hemos encontrado. Solo deseo que se vaya para poder recuperar la calma.

Él está quieto y parece que no tiene ninguna intención de moverse. Yo no puedo soportar más esta tensión, así que decido irme, volver al lago.

Lo dejo allí, inmóvil. Es incapaz de moverse, incluso cuando paso por su lado rozándolo; no se mueve, como oyendo mis pensamientos, como respetando mis deseos.

Cuando lo sobrepaso, mi estómago da un vuelco y unas náuseas repentinas se apoderan de mí.

Vomitaría aquí mismo, pero me esfuerzo por no hacerlo. Necesito recuperar la calma.

Vuelvo al lago.

Veo a lo lejos a mi marido con sus socios, a sus esposas tomando el sol y a los niños jugando. Todo sigue igual. Sonrío al llegar junto a ellos, como si nada hubiera pasado.

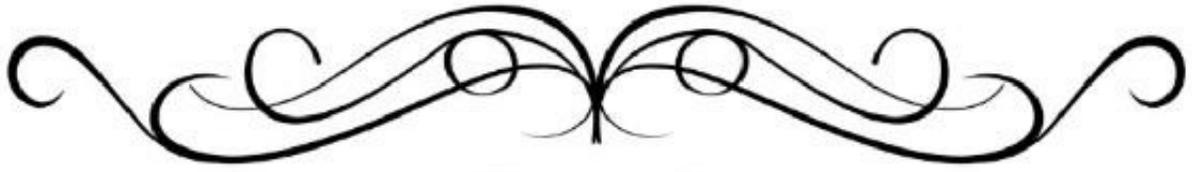
Miro a mi alrededor aún temerosa. Por suerte, no lo veo; ni a *él* ni a su familia.

No puedo controlar lo que siento cuando nos encontramos. Lo intento; intento luchar contra lo que se mueve en mi interior, pero cada vez es más intenso, más incontrolable.

Estoy desesperada, porque no sé cuándo aparecerá de nuevo y volverá a poner patas arriba mi existencia.

Mi vida es perfecta y tranquila. Soy feliz y no quiero sentir todo esto que siento.

Deseo no volver a verlo más, lo deseo con todas mis fuerzas.



Bridge, té y pastelitos de crema



Otra noche en vela. Llevo días sin poder dormir más de dos o tres horas, desde lo que pasó en el lago.

—Se llama Matthew —le digo a Juliette cuando esta aparece por la puerta.

Ya va siendo habitual que nos encontremos de madrugada en la cocina para compartir un rato. Ella es la única con quien puedo sincerarme de verdad.

—Interesante... —Se queda pensativa mientras se sienta después de coger su botella de ginebra—. Conozco a un Matthew entre los nobles de Devon... es calvo y con una prominente barriga.

—No es él —digo riendo. Ella me guiña un ojo.

—Cabe la posibilidad de que no sea de este condado... —apunta.

—Sí, ya lo he pensado... Creo que es lo más probable. De otro modo, ya lo conocería a él, a su esposa o a alguien de su familia.

Se hace un silencio que aprovechamos para echar un trago del licor. No logro mantener los ojos abiertos cuando me lo trago, su sabor es muy intenso y calienta todo mi gástrico.

—La falta de sueño pronto me pasará factura —se lamenta Juliette—. Voy a necesitar dormir un poco por las tardes. —Me mira y se ríe esperando hacerme reír a mí también. Lo consigo.

—La verdad es que yo apenas duermo, pues no paro de soñar...

—¿Sueños húmedos? —me pregunta para mi sorpresa.

—¡No! —exclamo avergonzada.

—Está bien, está bien —dice levantando las manos. Se pone a reír a carcajadas y no puedo evitar soltar la tensión riendo con ella.

—Lo cierto es que sueño con Matthew, aunque no es él exactamente.

—¿Es él, pero no es él? No lo entiendo...

—Físicamente no es él, pero siento como si fuera él... Es difícil de explicar...

—¿Y tú apareces en el sueño?

—Sí, pero tampoco soy como ahora... Es extraño porque sé que somos nosotros, aunque el aspecto sea otro y el tiempo también es otro.

—¿Cómo que el tiempo es otro?

—Sí, yo vestía una túnica blanca con unas sandalias de piel. El pelo semirrecogido con unas trenzas y una diadema dorada a conjunto con unos brazaletes en la parte superior de los brazos.

—¿Eras romana?

—Algo así. Estábamos en tiempos antiguos, en una casa con un patio abierto en cuyo centro había una bonita fuente... No recuerdo mucho más.

—Interesante.

—¿Tú crees?

—Dicen que los sueños son interpretables, como la teomancia.

—¿Y qué significa mi sueño?

—Pues yo no lo sé, no he interpretado jamás un sueño, pero conozco a alguien que quizás pueda.

—¿Quién?

—Es una médium de Londres. Ve el futuro y se comunica con los muertos. Quizás interprete sueños también. Si quieres te puedo acompañar un día.

En cuanto escucho la palabra médium me vienen a la mente esas charlatanas que dicen adivinar el futuro a cambio de dinero. Nunca he confiado en sus métodos.

—Por el momento, no. Si surge la ocasión te lo diré.

—De acuerdo.

—Por cierto, el jueves toca tarde de *bridge* con las chicas —le informo a Juliette intentando desviar el rumbo de nuestra conversación.

Una vez a la semana, y durante las vacaciones, me reúno con unas amigas que también veranean por la zona de Dartmoor.

Las tardes son tan tediosas, que juntarnos para jugar a las cartas es la mejor excusa para compartir el aburrimiento y ponernos al día de los últimos cotilleos.

Nos vamos turnando el privilegio de ser las anfitrionas, así que cada jueves toca en una casa diferente.

—De acuerdo, prepararé té y pastelitos de crema.

—Podrías añadir licor a los pastelitos... —digo a modo de pensamiento.

—Por supuesto, puedo usar de esta —responde señalando la ginebra—, ya pensaré en algo, no te preocupes.

—Confío en ti. —Le sonrío.

—¿Cuántas seréis?

—Solo las cuatro habituales: Anne Collingwood, Colette Payne, Bethany Lovelace y yo misma.

—¿Lady Collingwood sigue padeciendo gota?

—Me temo que sí.

—Pues no debería comer dulces. ¿Le preparo un aperitivo salado para ella?

—Ya sabes que va a tomar dulce de todos modos; odia que le digan lo que debe o no comer. Nunca hace caso al doctor. Puedes ahorrarte la molestia.

Mientras estamos hablando de eso, entra Mary en la cocina.

—¡Oh, lo siento! —dice al verme sentada en la mesa, como si hubiera interrumpido un banquete.

—Tranquila, ¿ocurre algo?

—Es David, tiene dolor de barriga —me explica—. Venía a hacerle una infusión carminativa.

En cuanto escucho eso, me pongo en pie.

—Yo la haré y se la llevaré.

—¡Oh, no es necesario que haga eso, lady Vane! —Se sorprende Mary.

—Sé que no es necesario, pero quiero hacerlo. Mi hijo está malo y quiero estar con él. Puedes

irte a descansar, Mary.

—De acuerdo, como guste. —Se retira después de inclinarse.

En cuanto tengo la infusión lista, subo a la habitación de los niños. El pequeño Andrew está profundamente dormido. Al ver su carita redonda, con esos mofletes rosaditos, me dan ganas de comérmelo a besos. Pero entonces oigo los quejidos del pobre David que está tumbado en su cama, dando vueltas de un lado a otro, como buscando la postura que le permita estar cómodo.

Me acerco a él y me siento a su lado. Lo cojo entre mis brazos y le ofrezco la taza.

—Toma, mi amor. Esto te aliviará el dolor.

—Mama —dice con amargura—, me duele mucho la tripa.

—Lo sé, tesoro. Son los gases. Ya sabes que otras veces los has sufrido.

—Pero es que me duele mucho...

—Bébetelo y verás cómo se te pasa.

David va tomando sorbitos de la infusión y yo lo acuno entre mis brazos mientras le acaricio el pelo.

Me gusta ocuparme de mis hijos cuando puedo; no siempre me lo permite el protocolo, pero hay cosas en la vida que no deberían regirse por un código tan estricto, pues eso nos hace menos humanos.



Ya están a punto de llegar.

Juliette ha preparado el porche para nuestra reunión especial.

Aquí hay más luz y los ventanales pueden abrirse cuando el sol baje para dejar pasar la brisa.

La mesa está cubierta por la mantelería blanca de lino y una sobrecubierta de color azul. Las butacas de mimbre con respaldo alto son mucho más confortables que las sillas del salón, así que estaremos muy cómodas.

En el centro de la mesa hay una fuente de tres pisos llena de pastelillos de diferentes formas y colores; delante de cada comensal, un plato con una servilleta encima envolviendo dos mini cubiertos de plata; tazas de porcelana con sus respectivos platitos, azucarillos, leche templada...

Unas flores decoran el único espacio libre de la mesa y, justo al lado del jarrón, reposa la baraja de cartas, aguardando su turno después del té.

La primera en llegar es Colette; su marido, sir George Payne, es un influyente político del Partido Conservador, miembro del Parlamento por Southampton y gran partidario del imperialismo en política exterior.

Mientras que, el marido de Bethany, a la que me gusta llamar Beth, es un intelectual y activista contra la colonización; ella misma es una ferviente defensora de los derechos y libertades de las minorías, por eso hemos vetado los temas políticos en nuestras conversaciones, para evitar tensiones innecesarias y mantener la cordialidad entre nosotras.

Cualquiera que conociera al matrimonio Lovelace pensaría que son burgueses y no nobles. Aunque su gusto por lo intelectual los delata.

Anne, en cambio, es la mayor de todas nosotras y la única con un título nobiliario superior, que obtuvo al casarse con su primo: el Marqués de Winchester.

Tuvo seis hijos, de los que fallecieron dos a causa de la tuberculosis. Su hijo mayor, Edward, está estudiando en la Trinity College en Cambridge y parece que va a ser un brillante matemático.

Somos un grupo variopinto, pero disfrutamos de nuestras reuniones con las que amenizamos las tardes de los jueves durante el largo verano en el condado de Devon.

—Siento la tardanza, señoras —se disculpa Anne cuando entra (o sale, más bien) por la puerta del porche—. Mmm, esos pastelitos tienen un aspecto exquisito, querida. Siempre es un placer venir a tu casa, Abigail.

—Gracias, Anne —la saludo—. Toma asiento. Ahora nos servirán el té.

—¿Cómo sigue la salud de tu padre, Colette? —le pregunta mientras se sienta en la butaca que quedaba libre.

—Igual —dice apenada—. El doctor lo mandó a un balneario. Dice que los baños a diferentes temperaturas le harán bien en su delicada salud.

—Esperemos que así sea, querida.

—He oído que Andrew ha sido premiado por la Sociedad Estadística de Londres por su artículo sobre estadística aplicada.

—Sí, estamos todos muy orgullosos. —Sonríe Anne.

—Y todavía le queda un año para terminar sus estudios... —apunta Beth.

—Enhorabuena —añadimos al unísono Colette y yo misma.

En ese momento nos interrumpe Juliette, que trae la tetera humeante.

—Disculpen, traigo el té —dice de forma respetuosa.

—Juliette, ¿de qué son estos pastelitos de aquí? —le pregunta Anne señalando unos *minimuffins* que llevan un recubrimiento de color morado.

—Tiene usted buen gusto, lady Collingwood. Esos de ahí son bizcochitos humedecidos con ginebra casera, rellenos de crema, con recubrimiento de mantequilla de endrinas. Es una receta especial para ustedes; espero que les gusten.

—¡Vaya, qué originalidad! —exclama Beth.

—Eres muy virtuosa, Juliette —afirma Colette.

—Le pedí ayer que hiciera algo diferente —añado yo a modo de explicación.

Juliette se retira después de servirnos el té y empezamos a deleitarnos con los dulces. Todas probamos los pastelitos nuevos.

—Mmm, el toque de la vainilla de la crema contrasta muy bien con el sabor amargo del licor —dice Colette.

—Y la mantequilla de endrinas es una exquisitez —añade Anne.

—¡La mezcla resulta embriagadoramente deliciosa! —exclama con frenesí Beth.

Nos reímos.

Creo que no está alejada de la realidad cuando habla de embriagarse. Puede que a Juliette se le haya ido la mano con la ginebra.

El calor, el té caliente y nuestros vestidos encorsetados no ayudan. Todas empezamos a sentir cierta transpiración. La tensión, si es que había alguna, acaba por esfumarse y da paso a una conversación amena, relajada y libre de preceptos.

Pronto hago sitio en la mesa y empiezo a repartir las cartas.

Como es habitual, mi pareja de juego es Beth. Ella me mira con su blanquecina piel enrojecida e intenta adivinar qué mano llevo. Colette, sentada a mi izquierda, empieza la ronda y saca un trébol, justo el palo del que carezco. Sé con certeza que perderemos esta mano y, muy posiblemente, la partida. Pero no me importa... el ambiente distendido que fluye a nuestro alrededor es gratificante. ¿Será a causa de la ginebra?

—¿Habéis escuchado los rumores de que lady Miller le ha sido infiel a su marido? —pregunta

Colette.

—¿Cómo? ¡Eso no es posible! —exclama Anne—. Los vi hace menos de un mes e iban juntos... como de costumbre.

—Eso fue antes de que todo ocurriera —apunta Colette.

—Lo desconocía. —Escucho con atención lo que tienen que decir al respecto y me pongo un tanto nerviosa al pensar en Matthew.

«Aunque yo no he hecho nada de lo que tenga que arrepentirme», me digo a mí misma.

«¿O lo que siento cada vez que estamos juntos ya me hace ser infiel a Oscar?», me pregunto inquieta.

Mientras yo mantengo este diálogo interno, ellas siguen con sus especulaciones.

—Por lo que sé, Diana fue a visitar a su madre enferma en el norte de Cardiff y se quedó unas semanas con ella. Allí conoció a un hombre, el jardinero, ¡nada menos! Y mantuvieron relaciones en los establos.

—¡Qué escándalo! —exclama Anne.

—Dicen que el jardinero fue despedido e intentaron salvaguardar el honor de ella tapándole la boca con muchas libras, pero alguien los vio y los ha delatado.

—¡Oh, Dios! —Vuelve a lamentarse Anne—. ¿Y su marido la ha perdonado?

—Parece que el amor que sentía por ella le permitió perdonarla, aunque solo por un tiempo —dice con saña Colette.

—¿Solo por un tiempo? —pregunta extrañada Beth—. Entonces, no la quería tanto como afirmaba.

—No se trata solo de amor, querida —añade Anne—. Los hombres no pueden olvidar esas cosas. Cada vez que intimara con ella, pensaría en que había yacido con otro. ¡Con un plebeyo! Eso es difícil de aceptar.

—Pues ellos bien lo hacen —añade Beth de forma altiva—. Muchos hombres son infieles todo el tiempo y no pasa nada.

—¿Qué estás diciendo?! —exclama Anne, de nuevo—. No es lo mismo. Además, era el jardinero, ¿no lo has escuchado?

—Lo he escuchado y creo que si yo quisiera intimar con alguien que no fuera mi marido no sería tan descuidada, pero haría lo mismo, con el jardinero o con el pastelero.

Me encanta ver lo polémica que es siempre Beth con algunas de las imposiciones de nuestra sociedad.

—¡No digas barbaridades! —dice Colette riendo, entonces Anne también se ríe.

Todas reímos, pero Beth me mira y me guiña un ojo, para hacerme saber que ella habla en serio, aunque las demás la tomen a broma.

Mi inquietud sigue presente cuando el tema de conversación cambia. ¿Qué pasaría si en uno de esos encuentros con Matthew diera rienda suelta a lo que siento? Si es que vuelvo a verlo... ¿Sabría mantener ese secreto? ¿Me repudiaría Oscar si llega a enterarse? ¿Me lo perdonaría a mí misma?

—¿Qué te pasa, Abbi? —me pregunta Beth al ver mi cara seria.

—Oh, nada. El calor... —miento.

—Creo que vamos a perder todas las partidas. —Ríe a tenor de los resultados que estamos obteniendo.

—Tranquila, las invitaré a otra ronda de té para celebrar su victoria —digo mientras miro a nuestra pareja contrincante.

—Quizás el mejor premio fuera una ronda de esa ginebra casera... —dice pícara Anne.
—Yo también lo creo —afirma Colette con una amplia sonrisa.
—Está bien. —Me levanto—. Voy a pedir que nos traigan unos vasitos.
—¡Pero si aún no hemos perdido! —exclama Beth.
—Tú misma has dicho que no vamos a ganar. Mejor ir «celebrando» la derrota.
Volvemos a reír.



El baile



El verano ha pasado tan rápido... Hoy es sábado, día 8 de septiembre, y hace más de una semana que volvimos a trasladarnos a la ciudad desde Germansweek, donde hemos estado durante todas las vacaciones.

Los niños han disfrutado mucho, pero no han sido los únicos, yo misma he podido relajarme y volver a sentir la tranquilidad; aunque demasiada para mi gusto, pues soy más bien una persona que necesita de las relaciones sociales y el ambiente.

Solo hace apenas unos días que empezó la rutina y ya me siento abrumada.

Los niños terminaron su desayuno y Mary los ha llevado al establo, van a ir a ver a los potros, que nacieron justo hace dos meses y medio, mientras no estábamos.

Me gusta que interaccionen con los animales, es bueno para su desarrollo personal. En el campo lo hacen continuamente, pues hay una pequeña granja, de la que se encarga un matrimonio que reside allí todo el año.

Cerdos, gallinas, ocas, patos, pavos... Además de un huerto. Ellos nos suministran todos los productos para el consumo y los niños están encantados de poder ir. Aquí en la ciudad, quitando los potros, los perros y los gatos, no hay más que ver en cuanto a animales.

Mientras los niños no están, yo me deleito con mi taza de té caliente y miro por la ventana. Oscar está leyendo el periódico a mi lado.

—¿A qué hora debemos estar en casa de los Hamilton? —le pregunto para avisar al carruaje.

—¿Cómo?

Parece despistado.

—El baile —digo sin más.

—¿Es hoy? —Me mira por encima del periódico, contrariado—. Lo había olvidado por completo. ¿Qué pasa si no asistimos?

—No, por favor, Oscar. Hace mucho que no vamos a ninguna fiesta. La última fue en enero en casa de los Williams —le suplico.

—Te dejas la fiesta en casa de los McGowan en julio —me reprocha.

—Pero eso no fue una fiesta, sino un desfile militar que acabó con una merienda. —Intento justificarme ante el olvido—. Además, Hamilton es uno de tus socios, ¿no?

—Un socio inversor... —se lamenta.

—Nos invitó estando en el lago en primavera, ¿recuerdas?

—Es cierto. —Vuelve a esconderse tras el periódico—. Está bien, iremos.

Sonríó, aunque por dentro estoy dando saltos de alegría.
Necesito ir a ese baile, vestir de nuevo elegante y romper así con la aburrida rutina.



Estamos sentados en el carruaje en dirección al baile. Acabo de darles el beso de buenas noches a los niños y aún siento su dulce aroma en mis labios. ¿Qué tendrá la piel de los hijos que los hace tan adorables?

Llevo un vestido de seda verde largo hasta los pies y que se me ciñe a la cintura; con tirantes caídos que dejan mis hombros al descubierto; me favorece increíblemente.

En esta ocasión las joyas que he escogido son esmeraldas.

Para el cabello, un recogido completo, decorado con un tocado del mismo tejido del vestido, cuyo encaje negro pende en el lado izquierdo de mi rostro.

Finalmente, un chal, también de encaje negro, para cubrir mis hombros.

—Estás deslumbrante —me comenta Oscar en cuanto me ve.

—Gracias, amor mío. —Sonríó.

Lo sé, soy consciente de mi aspecto. Antes de salir me he mirado por última vez en el espejo de pie de la habitación y me he sorprendido a mí misma de lo preciosa que estoy. Irradio luz propia.



Llegamos a la fiesta. Entramos y hay gente por todas partes con vasos en la mano, bebiendo, charlando animadamente, riendo... Y, como si me esperara, allí está *él*, de nuevo.

No puede ser... Otra vez, no.

Lleva un *whisky* entre sus manos y me mira fijamente, sin piedad.

Siento que ahora no me puedo escapar como hice en el bosque en primavera.

«Escucha a tu corazón y noerrarás».

Las palabras de Juliette vuelan hasta mi mente. Ahora mismo no puedo escuchar a mi corazón, pues está desbocado.

Entonces recuerdo cómo hablaron Anne y Colette de la pobre lady Miller. Ellas no sabían las razones ni el porqué Diana se vio tentada a hacer lo que hizo y, aun así, se atrevieron a juzgarla. Seguro que harían lo mismo conmigo...

En medio de este torbellino de sensaciones, oigo la música. Comienza el baile.

Oscar me tiende una mano y nos ponemos a bailar.

Matthew también lo hace con su esposa.

Pasamos las horas bailando con nuestras parejas, pero cada vez que lo miro, *él* también me está mirando, como si nos buscáramos.

La gran diferencia entre este preciso momento y el último que vivimos cerca del lago es que, esta vez, no quiero que deje de mirarme.

Si soy fiel a mi corazón, no quiero que se vaya. No quiero irme. No quiero escapar más.

Lo que mi cuerpo experimenta, cada vez que sus ojos se posan en los míos, es algo sublime, me extasía con su sola mirada. Incluso siento el impulso y la necesidad de bailar con *él*. Lo deseo.

Notar su contacto. Tenerlo cerca, tanto que pueda posar mis pupilas sobre las suyas y ver más allá del color de sus ojos.

No puedo luchar contra lo que siento... Ya está. Dejo de luchar. Me rindo. Dejo ir el control. Olvido todos los preceptos de esta sociedad y me centro solo en sentir.

Ya no puedo retener por más tiempo este caudal de emociones que se me acumulan en el pecho con su sola presencia.

Me disculpo y me separo de Oscar por un momento; él se queda charlando y bebiendo con unos conocidos con toda naturalidad.

Me dirijo al piso superior, estoy subiendo las escaleras como llevada por un resorte, como si no fuera dueña de mi cuerpo ni de mis actos.

Matthew me sigue a cierta distancia. También *él* se ha dispensado con su esposa alegando alguna excusa. A medida que asciendo, peldaño a peldaño, sé que mi vida va a cambiar, ya no será la misma... siento que no puedo evitarlo, no puedo hacer nada, no quiero hacer nada para impedirlo.

Él sigue tras de mí. Su posado es serio, pero sus ojos brillan de forma inusual y puedo sentir su deseo; como el mío propio.

Mi corazón palpita más fuerte que nunca y me siento desconcertada por todo lo que este hombre despierta en mí.

Llegamos arriba, un largo corredor a oscuras se presenta ante nosotros.

Ninguno de los dos dice nada.

Él avanza, poco a poco, hasta mí y yo apoyo la espalda en la pared; espero su llegada, que acabe de recorrer esa corta distancia que nos separa ahora mismo y pueda notar su contacto por primera vez.

Cuando ya está a unos pocos centímetros, sin mediar palabra, se inclina sobre mí y me besa. Primero es suave, dulce, cuidadoso... pero, en seguida, se lanza con frenesí, me ciñe con sus manos la cintura, que recibo con las mismas ganas que él, y nos fundimos en un segundo beso apasionado.

Nuestros labios se acogen como si ya se conocieran, como si no fuese la primera vez que se encuentran.

Después del largo y apasionado beso, se aparta un poco, lo suficiente para poder ver sus ojos y unas pupilas dilatadas de lujuria me sonríen.

Es entonces cuando siento explotar el deseo dentro de mí. Ya no hay vuelta atrás...

A tientas, entramos en una habitación, también está a oscuras, no puedo pensar ni resistirme, quiero que ocurra.

Él desliza hacia abajo los tirantes del vestido y este me cae hasta los pies descubriendo mi cuerpo solo cubierto por lencería fina. Se quita la chaqueta del traje sin contemplaciones y la tira al suelo; yo le ayudo a deshacer el lazo del pañuelo que lleva en el cuello.

Y seguimos así hasta estar completamente desnudos, mirándonos extasiados, aumentando más si cabe nuestro deseo.

Allí mismo, en una cama desconocida, nos entregamos totalmente el uno al otro. Soy suya y *él*, mío.

Víctimas de una pasión desenfadada, nos dejamos llevar y hacemos el amor como si nuestros cuerpos no fueran unos extraños...

Cuando todo el tornado de emociones cesa, llega una calma tensa.

Siento como si algo se hubiera abierto dentro de mi cuerpo, una parte de mí que no conocía y

que nadie había abierto jamás.

Ya no soy la misma. Todo ha cambiado.

Él, sin decir nada, se viste de nuevo y se va, dedicándome una última mirada antes de desaparecer.

¿Qué ha pasado? ¿Ha sido real? ¿Es normal experimentar esto que acabo de experimentar?

No tengo palabras para expresar cómo me siento o cómo me he sentido haciendo el amor con... ¿un extraño?

No puedo asegurar que mi cuerpo lo haya vivido igual que mi mente, como si *él* fuera un completo desconocido.

Ha sido todo tan... Jamás lo he sentido así con Oscar. La comparación es odiosa, lo sé, pero es inevitable. Necesito aferrarme a lo conocido para darme cuenta de que algo extraordinario acaba de ocurrir.

Preciso de unos minutos para recomponerme, pero no puedo demorarme más. Me ajusto el vestido, me arreglo el peinado y vuelvo a bajar a la fiesta.

El baile continúa animado; mi marido sigue bebiendo y charlando con sus amigos.

En cuanto me ve, me sonrío y me saluda con un gesto de la cabeza, sin ser consciente de lo que acaba de pasar arriba, sin saber lo que acabo de hacer.

Le devuelvo la sonrisa, pero... me siento mezquina.

Por suerte, la fiesta no dura mucho más y pronto nos retiramos a nuestra casa.

En el carruaje miro a Oscar intentando adivinar si es capaz de ver el cambio en mí, pero no parece que perciba nada.

De hecho, está un poco embriagado y no es capaz ni de sostenerme la mirada.

En cuanto llegamos a la habitación, me besa y me invita a la cama, pero no puedo hacer el amor con él.

Esta noche, no.

Me es imposible mancillar el recuerdo de lo que acabo de sentir con... Matthew.

Me da igual quién sea, en realidad es como si nos conociéramos, pues lo que me hace sentir por dentro es algo difícil de explicar.

Esa conexión es tan fuerte, que traspasa el tiempo y el espacio. Es como si siempre hubiera sido *él*.

Y, entonces, recuerdo la primera vez que lo vi, en mi presentación en sociedad, y ya sentí lo mismo...

Para ser sincera, cada vez que lo he visto, cada encuentro casual, cada mirada cruzada, cada acercamiento... me ha hecho sentir exactamente igual; a pesar del matrimonio, de los hijos, del tiempo...

Cada reencuentro ha supuesto un huracán emocional en mi interior.

Y sé que *él* también ha sentido lo mismo en esos momentos. No puedo explicar cómo lo sé, pero lo sé.

Oscar no insiste, lo que es una suerte, y se duerme rápidamente. Yo me quedo sentada en el taburete frente a la vidriera circular de colores que preside nuestra habitación y sigo dando rienda suelta a mis pensamientos y cavilaciones.



Teomancia



Me bebo un vaso de ginebra de un solo trago, echando la cabeza hacia atrás y haciendo una mueca desagradable.

Juliette me observa con gesto serio mientras me sirve un té.

—No sé por qué quieres té si se ve a millas de distancia que lo que necesitas es licor —me dice ella.

—Quiero que me leas los posos de nuevo. Ha pasado... algo.

—¿Qué ha pasado? —me escruta con la mirada.

—Es... —Se me hace difícil decirlo en voz alta. No me arrepiento en absoluto de lo que he hecho en el baile; de lo que he hecho con Matthew, pero verbalizarlo me supone un obstáculo; por mi educación, por las imposiciones sociales, por mi situación... La mente me traiciona—. Me dejé llevar por lo que mi corazón sentía —le digo finalmente.

—Está bien, eso es lo que te salía en la última lectura de teomancia. Pero no me dices qué ha ocurrido.

—Lo volví a ver... en el baile.

Se hace un silencio denso entre las dos. Ella espera, paciente, a que yo me explique.

—Lo que siento cuando lo veo es... irrefrenable; aunque siempre me había contenido, había bloqueado toda emoción. —Hago una pausa—. Pero esta noche, no. Dejé de luchar contra lo que sentía y me dejé llevar por la vibración de mi pecho. Me rendí.

Escondo la cara entre mis manos y me pongo a llorar.

Empiezo a tomar conciencia de las posibles consecuencias de mis acciones.

Juliette se acerca a mí y me posa su mano en la espalda. Noto su apoyo, la complicidad que nos une desde niñas. Sé que ella no me traicionará.

—Hemos hecho el amor en casa de los Hamilton —le revelo por fin entre sollozos.

Ella sigue con su mano encima de mi hombro, en silencio. Respira hondo y, después de un instante que se me antoja eterno, habla.

—Está bien... Viéndote, cualquiera diría que ha sido una muy mala experiencia —me dice con voz socarrona.

Me hace sonreír. Ha conseguido destensar el ambiente con su comentario y que parara mi llanto.

—Nada de eso. Ha sido maravilloso, pero...

—Pero ¡qué! —Yo me encojo de hombros y ella continúa—. Como me decían en el orfanato:

«Disfruta de la manzana robada».

Se calla y al ver mi cara de perplejidad se explica.

—Es que robé una manzana y mientras me la comía no paraba de llorar por los remordimientos. Una compañera del orfanato me dijo eso y, desde entonces, siempre lo aplico para situaciones similares.

»Con esta anécdota quiero decir que disfrutes del momento. No pienses más.

—¿Y qué hago ahora? ¿Se lo debería decir a Oscar?

—Esperemos que la teomancia nos dé esas respuestas.

Me bebo el té de un trago y le acerco la taza con las manos temblorosas.

—Veamos qué nos dice... —comenta mientras se sienta.

Observa el fondo de la loza con atención; primero la mira desde encima y luego va volteándola para observarla desde otros ángulos.

—Veo una cruz, no es algo bueno; representa obstáculos en tu camino. Muy significativo...

Va hablando y pensando en voz alta.

—Aquí parece que haya dos hojas de un árbol... de un arce, diría yo. Aunque parecen nubes, también...

Me aproximo para verlo con mis propios ojos y dar mi opinión.

—Es difícil de asegurar... Esta —digo mientras señalo una de las dos formas— parece una hoja como has dicho, pero esta es más como una nube algodonosa.

—Daremos como buenas las dos. En ese caso, las hojas simbolizan el resultado de un proyecto, su fruto. Puede que sea la unión con Matthew después de tantos encuentros... aunque puede que sea un proyecto que todavía no has iniciado. No estoy segura.

»Y las nubes dificultan nuestra visión y representan dudas.

—Para resumir: tengo obstáculos, dudas y el fruto de un proyecto —digo desanimada—. Puede que las nubes, es decir, las dudas sea lo que más se aproxima a cómo estoy ahora mismo.

—Siento no poder ayudarte más, Abbi —me dice bajando la mirada—. ¿Qué opina Matthew? ¿Pudisteis hablar?

—No pudimos. Todo fue tan rápido... —Vuelvo a esconder mi rostro entre las manos.

—Escucha de nuevo a tu corazón, ¿qué te dice?

—¡No lo sé! —exclamo—. Yo... yo solo quiero recuperar mi vida, la calma...

—Ahí lo tienes —sentencia—. Disfruta del recuerdo y continúa con tu vida. Quizás al principio te cueste, pero... puedes intentarlo.

—Definitivamente —digo levantando la cabeza y secándome las lágrimas—, voy a intentarlo.



Paseo a caballo



Me siento orgullosa y feliz; he pensado y analizado todo lo que pasó en el baile de los Hamilton hace ya dos meses.

Aquella noche algo cambió en mí, pero he decidido olvidarlo, borrarlo de mi memoria... Y lo he conseguido.

He recuperado mi vida, la vida que tanto me gusta; esa en la que no me siento mal por engañar a mi esposo y traicionar su confianza, su lealtad, su fidelidad...

Hace una mañana preciosa para ser el mes de diciembre, faltan dos semanas para Navidad y ya se empieza a sentir la emoción en el ambiente; sobre todo en los niños. Les encanta esta época del año, y no puedo negar que yo también disfruto de su magia.

Miro por la ventana y el sol luce en un cielo despejado; de lejos creo oír el graznar de algún ganso en su viaje migratorio hacia el sur. Eso me recuerda que debo empezar a preparar el menú de las fiestas. Más tarde iré a hablar con el personal de cocina.

Oscar se ha ido de viaje de negocios bien temprano y no volverá hasta el viernes, justo antes de nuestro fin de semana en Southampton.

Los niños están con Mary y yo acabo de decidir que voy a ir a pasear a caballo, aprovechando el excepcional y fantástico día que hace. Me sentará bien el contacto con la naturaleza. Además, hace mucho que no visito el bosque más cercano.

Me enfundo el vestido y las botas de montar y me dispongo a ir al establo en busca de Pellet, mi yegua.

Al salir de casa inspiro hondo y me impregno de la humedad de la tierra, de ese aroma tan característico que desprende cuando se ha empapado durante muchos días seguidos de lluvia constante.

—Le ensillo a su yegua ahora mismo —me dice uno de los mozos.

—Gracias.

—¿Un paseo por aquí cerca? —me pregunta con interés.

—Quiero llegar hasta el bosque de Ashclyst en Killerton.

—Eso está a unas diez millas de aquí. Tenga cuidado.

—Lo tendré. —Le sonrío—. Volveré a la hora de comer.

—Que disfrute de su paseo, lady Vane —dice cogiéndose de la visera de su gorra con una mano.

Inicio mi travesía.

Encima del lomo de la yegua el aire se respira más limpio y todo parece más luminoso. Me siento libre.

Recorro las millas que separan la casa del bosque; evito el camino principal, así que empiezo a sortear los árboles que me encuentro. Me encanta ir campo a través.

Mis músculos se tensan en cada galope y mantengo mis manos bien aferradas a las riendas, mientras que mis pies están fijos en los estribos, que me ayudan a dirigir a la yegua.

Mi respiración se ha agitado y he empezado a transpirar.

Decido disminuir la marcha cuando siento la presencia de alguien. No es extraño encontrarse con más gente cabalgando, la zona es ideal para cualquier jinete que quiera disfrutar de su montura, pero...

Es *él*.

Se ha presentado, sin esperarlo, como siempre lo hace. También va a caballo. ¿Es una broma del destino?

Me mira con sus ojos profundos y nos sostenemos la mirada por más tiempo de lo socialmente permitido. Pero esta vez no voy a sucumbir.

Aparto la mirada, doy media vuelta cambiando mi rumbo en dirección opuesta. Azoto a Pellet con el estribo de mi pie derecho, más fuerte de lo que quería, para que inicie la carrera.

Quiero escapar de aquí. Necesito huir, alejarme.

Estoy enfadada... enfadada con *él*, por volver a aparecer; conmigo misma, por rendirme la última vez; con la vida, por hacernos coincidir de nuevo.

Oigo cómo me sigue y no dejo de golpear a la yegua para que corra más y más rápido, pero mi esfuerzo por escapar es en vano, pues consigue llegar a mi altura, atraparme.

Estoy perdida.

No quiero mirarlo, sé que si lo hago voy a descarriarme.

Tampoco quiero que me toque. Solo con pensar en su tacto se me eriza la piel y un escalofrío asciende por mi espalda. Todo mi cuerpo vibra con ese pensamiento.

Necesito que se aleje, que me deje tranquila. Siento que no soy tan fuerte como creo cuando *él* está cerca.

Me corta el paso, cruzándose con su caballo negro, que brilla como la brea, y me veo obligada a frenar a Pellet.

Estamos parados en medio del bosque, encima de nuestras respectivas monturas y nos volvemos a mirar.

Él descabalga lentamente y se acerca a mí sin dejar de mirarme.

Yo evito sus ojos, sé que, si le sostengo la mirada, me perderé en ella.

Me sorprende posando una de sus manos en mi pierna, de forma muy delicada, y con la otra coge las riendas de mis manos. Me las quita sin que yo oponga ningún tipo de resistencia.

Estoy inmóvil, aunque mi respiración está acelerada.

Entonces, asciende con la mano que tenía sobre mi pierna, por debajo de mi vestido, hasta llegar a mi muslo.

No quiero que lo haga, pero su solo tacto me hipnotiza. Ya estoy perdida.

Ahora no quiero que pare. Quiero seguir sintiendo ese frenesí que solo *él* despierta en mí. Cierro los ojos y levanto el mentón al cielo. Prefiero no mirarlo, pues la combinación mirada-tacto sé que será mi total rendición.

Noto cómo desata la liga por debajo de la falda y libera la media, que va bajando poco a poco, resbalando por mi muslo y dejando a su paso una suave caricia.

Siento las yemas de sus dedos sobre mi piel desnuda y me estremezco. Este simple contacto hace que se desate un huracán en mi interior.

Empiezo a sentir mi propia excitación y el deseo ascendiendo como llamas de un fuego que me quema por dentro.

Su mano llega hasta mi trasero y me acaricia, al tiempo que con su otra mano me rodea la cintura y me lleva hacia *él*.

Yo me dejo hacer.

Me coge en volandas hasta tenerme totalmente en sus brazos.

Justo en ese momento lo miro. Nuestras miradas son tiernas, ya no veo ningún rastro de desafío en sus ojos. Su mirada es cálida y dulce, no como en el baile, donde era llevado por el ansia de la posesión.

Ahora es suave, lento... No tiene ninguna prisa. Nadie nos espera «abajo».

Me deja en el suelo, recostada a los pies de un precioso árbol cercano, cuyo tronco es el más grueso de todos los que nos rodean.

Ahora me mira detenidamente, a cierta distancia y puedo ver admiración en sus ojos.

Sé que le gusta lo que ve; le gusta toda, por dentro, por fuera... Es algo muy poderoso que *él* tampoco puede controlar. Siento que me desea y me quiere poseer de nuevo.

No hemos dicho ni una sola palabra, pero no las necesitamos...

Se tumba a mi lado y me da un beso. Es un beso de entrega, como si una parte de *él* me llegase con ese beso, como si me cediera un trozo de su ser.

Lo acepto y siento cómo se instala en mi corazón.

Yo también me entrego. No puedo hacer nada más que entregarme a este hombre; entregarme sin saber muy bien qué hago o siento mientras estoy con *él*.

Con una mano me acaricia el rostro de una forma muy tierna y me retira el cabello que me tapa el cuello, poco a poco, y se desplaza ahí para seguir besándome hasta llegar al hombro, pasando por la clavícula.

Me desabrocha el vestido y sus besos llegan hasta mis pechos. Yo voy gimiendo de placer.

Su mano recupera el muslo que antes me había tocado y llega hasta la nalga, donde ejerce una suave presión.

Ahora siento su deseo de estar dentro de mí, de unirse a mí. Quiero que lo haga. Se lo suplico con la mirada cargada de excitación.

Y lo hace.

Entra en mí muy lentamente, disfrutando de cada segundo.

Acompaña el movimiento con su mirada, que penetra en la mía a través de mis ojos de pupilas dilatadas de placer.

Nos entregamos el uno al otro y lo que allí sucede es nuevo para los dos. Poco tiene que ver con nuestro primer encuentro en el baile.

La unión y la complicidad que siento ya no podrán desaparecer, por mucho que mi mente se esfuerce por olvidar esto, ahora ya no voy a ser capaz.

Hacemos el amor muy lentamente, con mucha suavidad y yo empiezo a tener espasmos que son difíciles de describir, jamás había sentido tal sensación en el interior de mis entrañas.

Mi cuerpo está perdido en una inmensidad nueva, desbordante de placer. Sé que *él* se siente igual.

Al final acabamos abrazados y nos dormimos allí, a los pies de un precioso árbol que ha sido testigo de la expresión del amor más puro.

Cuando abro los ojos, *él* me está mirando. Me sonrío y yo le correspondo.

Me doy cuenta de que ha pasado buena parte de la mañana y, aunque Oscar no me espere en casa, los mozos saben que me he ido a cabalgar, si no vuelvo para la hora de la comida, saldrán a buscarme.

—Debo irme ya —le digo con un hilo de voz y sin dejar de mirarnos.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —me pregunta cogiendo mi mano y besando el anverso. Puedo notar sus cálidos y húmedos labios posándose sobre mi piel.

—No lo sé, yo... —No soy capaz de responderle. Solo pienso que espero que sea pronto, pero no se lo digo.

Haciendo uso de un esfuerzo titánico, me levanto, cojo a Pellet y me alejo rápido de allí.

De nuevo tengo que irme sin poder conversar como dos personas corrientes. Y es que no somos corrientes; esto no es corriente; es algo que supera nuestras convicciones.

¿Destino? Ni siquiera sé cómo llamarlo, pero escapa a nuestro entendimiento y trasciende a las emociones contenidas que nuestra educación nos ha inculcado.

¿Qué va a pasar ahora?



La carta



El maravilloso encuentro de esta mañana me ha desvelado, como no podía ser de otra manera.

Bajo a la cocina y Juliette ya está sentada en la mesa con nuestro habitual tentempié preparado.

—Has estado muy ausente todo el día —afirma.

Me conoce tan bien que sabía que acabaría asistiendo a nuestra «cita».

—¿Ha pasado algo nuevo? —me pregunta mientras tomo asiento aún en silencio.

—Nos hemos vuelto a encontrar y... He tomado una decisión —digo titubeando y con algo de temor en mi voz.

Juliette me mira fijamente sin cambiar su semblante.

—Necesito que le hagas llegar esta carta. Tengo que verlo otra vez —le digo mientras le acerco un sobre por encima de la mesa.

—¿Yo? No sería mejor que fuera uno de los mozos.

—Solo puedo confiarte esto a ti.

—De acuerdo, pero ¿dónde la tengo que llevar?

—Aquí. —Le tiendo un trozo de papel manuscrito.

—¿Cómo has conseguido su dirección? —me pregunta Juliette sorprendida.

—Él mismo me la ha dado sin ser yo del todo consciente —le respondo—. La he encontrado en uno de mis bolsillos al llegar del paseo a caballo. Solo ha podido ser *él*. Sé que ha sido *él*. — Al recordar lo ocurrido esta mañana, me sonrojo y no puedo evitar una sonrisa.

—¡Madre mía, Abbi! Tal y como brillan tus ojos... ¡Eso es amor! —exclama.

—Es una locura —digo mientras aprieto los dientes—. Pero quiero volver a verlo.

—Está bien... Wellington se encuentra a unas dos horas a caballo de aquí.

—No voy a permitir que vayas a caballo; dispondrás del carruaje.

—Eso quizás sea imprudente, Oscar podría enterarse —dice Juliette haciendo una mueca.

—Tienes razón —bufó con desánimo—. Aunque podríamos inventar una excusa para tu viaje de urgencia.

—Creo que será mejor extremar las precauciones y que se entere el menor número de personas posible.

—Definitivamente, llevas razón. —Bajo la cabeza con abatimiento.

—No te preocupes, sé cabalgar. Tú me enseñaste, ¿recuerdas?

Levanto la mirada y esbozo una sonrisa.

—Para algo tenían que servir las regañinas que me llevé siendo niña cada vez que descuidaba

mis quehaceres por hacer caso a tus ideas locas —me dice poniendo los brazos en jarras.

Suspiramos al unísono al recordar con nostalgias esos tiempos de inocencia.

—Te agradezco la ayuda, el apoyo, la confianza y...

—La ginebra —sentencia Juliette mientras me sirve un vaso de su licor casero.

Nos reímos juntas y chocamos los vasos antes de beber, en un brindis silencioso; con nuestras miradas lo decimos todo.



Es de madrugada y el nuevo día empieza a despuntar. Estoy en la cama, pero no he sido capaz de dormir. Me siento nerviosa por la carta, por lo que representa. Quiero que la reciba, que no haya ningún incidente en la entrega y que, al leerla, Matthew pueda sentir lo que he querido transmitirle.

«¿Me responderá?», me pregunto de forma retórica. Sé que lo hará, pero ¿aceptará volver a verme? ¿Aceptará las condiciones que le propongo?

Todo esto es una locura y tengo la sensación de que estoy caminando por terreno pantanoso; en cualquier momento puedo dar un paso en falso y hundirme en el barro.

Pienso en Oscar. Vuelve mañana de su viaje de negocios, pediré en la cocina que preparen su plato preferido para cenar. ¡Dios mío! Es muy injusto para él. ¿Cómo puedo querer a Oscar y, a la vez, desear a Matthew? Es irracional.

No sé dónde me llevará esto, pero estoy dispuesta a seguir adelante.

Voy a intentar dormir algo, pues esta tarde toca *bridge* con las chicas y no quiero que mis ojeras les den pie a preguntas incómodas.



Han pasado cuatro días desde que Juliette entregó la carta. Con la vuelta de Oscar y nuestro fin de semana en Southampton, no he tenido oportunidad de hablar a solas con ella. Sus miradas cómplices me transmitían tranquilidad, pero aun así tengo los nervios a flor de piel.

La respiración de Oscar por fin parece de sueño profundo, así que aprovecho para bajar a la cocina. Juliette no está. Me pregunto si vendrá...

Saco de la alacena los restos de pudín. La base de la fuente está llena del líquido que ha ido soltando el pastel. Sin darme cuenta, me relamo al ver ese caramelo oscuro. No entiendo cómo puedo tener hambre, pero la inquietud me abre el apetito de cosas dulces. Lleno la tetera y la pongo al fuego; intento hacer el ruido suficiente para atraer la atención de Juliette, pero tampoco demasiado, no quiero despertar a nadie más.

Justo cuando la tetera empieza a pitar, anunciando que el agua hierve, aparece Juliette por la puerta. Lleva un batín encima de su camión de algodón grueso y sus ojos denotan que aún no se han acostumbrado a la luz.

Al verla, me abalanzo sobre ella y le pregunto cómo fue el viaje, la entrega, Matthew... Quiero saberlo todo.

Ella me frena con las manos y se abre paso hasta la silla más cercana.

—Calma... Deja que me siente.

—Claro, claro, siéntate, por favor —le cedo una silla. No puedo disimular mis nervios.

Empieza a hablar mientras yo sirvo el té. Me comenta que la dirección la llevó hasta un bufete de abogados muy elegante. Primero la atendió una señorita en la recepción, que pareció no reparar mucha atención en ella, excepto por la mirada altiva que le dedicó cuando pidió ver a Matthew personalmente. Luego, un chico, demasiado joven para ser él, le dijo que se encargaría de entregarle la carta, pero ella se negó en rotundo.

—¿Qué haría yo sin tu cabezonería?! —exclamo agradecida—. Algunas veces tan inoportuna y otras, en cambio, tan necesaria.

—Lo importante es que conseguí que el propio Matthew en persona me atendiera, ¡no iba a permitir que se perdiera tu mensaje!

Levanto la taza para brindar con ella por su logro. Ella aparta su té y llena dos vasos de ginebra. Me ofrece uno sin pronunciar palabra. Bebemos. Vuelvo a respirar con la tranquilidad que me otorga el saber que Matthew recibió la carta.

—Tengo que reconocer que es muy apuesto, Abbi —me dice Juliette entusiasmada soltando su vaso—. ¡Y muy amable! Incluso antes de saber quién era yo o el remitente de la carta.

—¿Y qué te dijo? —pregunto con interés.

—Fue muy discreto —dice mientras coge una cucharilla y mira con tentación el pudín. Parece que el licor la ha despertado de golpe—. Le tendí la carta, se la leyó frente a mí y esbozó una sonrisa tierna.

No puedo evitar emocionarme.

—Entonces me ofreció un asiento y esperé mientras él escribía su respuesta. Toma —me dice mientras me ofrece un sobre.

—¿Qué? ¿Has tenido esta carta todos estos días y no me has dicho nada?

—No había tenido ocasión —se disculpa levantando los brazos.

Cojo el sobre y lo abro con ansia. El lacre, de un color rojo intenso como la sangre, me lo dificulta. Su letra es pequeña, limpia y se inclina ligeramente hacia la derecha. Muy cuidada. Empiezo a leerla y su voz resuena en mi cabeza abstrayéndome de allí.

Mi querida Abigail,

No sabes cuánto me ha alegrado recibir tu carta. Después de nuestro último encuentro... Ya no puedo dejar de pensar en ti, eres una adicción imposible de superar y, aunque intenté al principio arrancarte de mi mente sin conseguirlo, ahora ya no quiero hacerlo.

Acepto. Sí, sé lo que va a suponer esto para nuestras vidas. Pero, al igual que tú, quiero intentarlo. Me parece correcto lo que apuntas; no vamos a tirar por la borda todo lo que hemos construido antes: nuestras familias, nuestros hijos... Somos adultos y sabemos lo que supondría que esto saliera a la luz. Vamos a mantener la discreción necesaria.

La periodicidad es la adecuada: dos veces al mes. Insuficiente para levantar sospechas. Quizás el lugar podría ser discutible, pero, por el momento, me parece bien: el bosque de Ashclyst. La verdad es que nos ofrece la excusa perfecta: salir a caballo.

Estoy de acuerdo en que esta debe ser nuestra última comunicación escrita. No más cartas. Si uno de los dos no puede ir a la cita, el otro esperará el tiempo prudencial y se irá.

Repito, pues. Acepto volver a verte con regularidad. Lamento no poder hacerlo todos los días y con libertad, sin límites ni imposiciones sociales, pero lo entiendo. Será mejor así.

No quiero extenderme más, prefiero dedicarte mis palabras al oído.

Termino esta carta, no sin antes decirte que, aunque mi cuerpo no sea enteramente tuyo, sí lo son mi corazón y mi alma.

Te ama,

Matthew

Levanto la mirada de la carta y me doy cuenta de que las lágrimas me nublan la visión y están empezando a correr la tinta del papel. Juliette me tiende un pañuelo y yo lo cojo sin pensarlo.

Después de un momento de tensión contenida, Juliette rompe el silencio.

—¡Por Dios! ¿Vas a decirme qué te ha dicho? Necesito saber si tengo que volver allí a romperle su bonita cara.

Me pongo a reír entre lágrimas. Mi ama de llaves y matona.

—Ha aceptado.

—¿Y por qué lloras?

—Es de emoción, supongo.

—Creí que te había rechazado o algo peor.

—Él no me haría nada malo, lo sé. Puedo sentirlo cada vez que estoy con él; incluso cuando estoy a millas de él.

—¡Vaya!

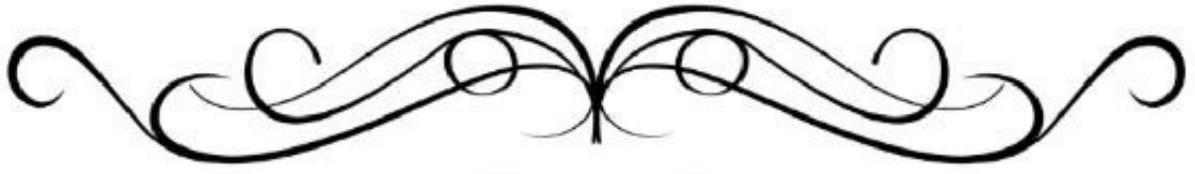
Levanto de nuevo el vaso y brindamos otra vez. Mi llanto ha cesado y Juliette me muestra la mejor de sus sonrisas. Sin su complicidad y confianza no sé cómo hubiera acabado esto...

—Por cierto —interrumpe ella—. Traigo aquí tu carta. Él me pidió que te la devolviera; dijo que tú sabrías qué hacer con ella.

—Sí, tengo que destruirla. Destruirlas, las dos.

Me levanto de la silla y me dirijo a los fogones. Quemo las cartas, hasta que solo quedan unas pocas cenizas.

El fulgor del fuego me hipnotiza mientras consume el papel impregnado de tinta y pienso en que, según lo acordado, faltan solo cuatro días para nuestro próximo encuentro. Sonrío.



El refugio de caza



Pellet resopla cuando tenso las riendas; de su hocico sale el aire condensado en forma de vaho, revelando la baja temperatura que yo misma noto en mis mejillas. Hago que pare justo a los pies del majestuoso árbol que fue testigo del último encuentro entre Matthew y yo. Me estremezco y no es por el frío.

Lo recordaba perfectamente: ese grueso y rugoso tronco, las raíces sobresaliendo del suelo que nos acogieron como si fueran parte de un nido gigante... se convirtió en el cobijo ideal para nuestro amor.

Con solo pensar en lo que allí aconteció se me eriza el vello. Me abrazo a mí misma y me froto los brazos enérgicamente para entrar en calor mientras miro a mi alrededor con la esperanza de ver a Matthew.

Me estoy arrepintiendo de haber escogido este bosque como lugar de nuestras citas. Está alejado lo suficiente, eso es conveniente, pero en esta época del año, el frío y la humedad nos calará hasta los huesos antes de que podamos descabalgarnos. Los días espectaculares a finales de otoño, en los que luce el sol y la temperatura es suave, son muy escasos; como la última vez que nos vimos: hacía un día excepcional.

Oigo un galope y hago virar a la yegua para encararme a Matthew, que aparece de entre la espesura. Se levanta el sombrero y sonrío al verme; yo le devuelvo el gesto sabiendo que el rubor ha ascendido a mi rostro con su sola presencia.

—Sígueme —dice señalando con el brazo en la dirección de donde venía—. He investigado el lugar y he encontrado un refugio de caza. Necesitamos resguardarnos. No querrás enfermarte, ¿verdad?

Sonrío de nuevo. Me gusta que haya pensado en eso, que es precisamente lo que me preocupaba hace un momento.

Me conduce a través de los árboles. A nuestro paso suena la hojarasca que cubre el suelo como un rugoso manto de cobre. Llegamos a una casita de madera con tejado de pizarra; está camuflada entre los troncos y la maleza, no es fácil verla a simple vista. Al lado de la puerta hay un tocón con un hacha clavada en él. Y de un árbol cercano cuelga una calabaza seca, seguramente llena de agua.

El interior es un único espacio pequeño y austero. Solo destacan una ventana sucia y una chimenea apagada llena de hollín; hay también una mesa con sillas a su alrededor y un sofá con tapizado desgastado cubierto, en parte, por una manta polvorienta de tipo tartán.

No es muy acogedor, pero al menos no estamos en la intemperie ni a merced del frío exterior.

—Creo que estará libre hasta la próxima primavera —me dice Matthew.

Yo lo miro e intento sonreír, pues no me siento afortunada por poder disponer de una cabaña maltrecha y maloliente.

Aparto la manta del sofá y veo que la función de esta no es la de evitar el polvo sobre el asiento, sino tapar un agujero hecho por un perro u otro animal.

No puedo evitar pensar en el escándalo que me contaron las chicas: aquella mujer que le fue infiel a su marido con el jardinero en un establo... Suelto la manta con cara de disgusto al recordar que ahora soy yo la infiel; no en un establo, pero casi... Al momento, escucho cómo Matthew intenta encender la chimenea. Lo miro y parece que sabe lo que hace... No tardan mucho en humear las ramas secas que acaba de recoger de fuera.

Me impresiona ver que es capaz de encender un fuego aun siendo un hombre tan elegante. Entonces dudo de si Oscar sabría hacerlo.

—Mi padre me llevaba a las batidas de caza en el bosque de Dean —me dice al darse la vuelta, como si quisiera responder a mis pensamientos.

—¿El bosque de Dean? —le pregunto intentando situarlo.

—En el condado de Gloucester. Allí fue donde nací y crecí.

Le sonrío y bajo la mirada al darme cuenta de que hay muchas cosas que no sé de *él*. No nos conocemos y, aun así, me siento segura, tranquila y en calma cuando estamos juntos. Algo en mi interior me dice que sí que nos conocemos, pero que lo hemos olvidado. ¿Es eso posible?

Al verme pensativa, se acerca lentamente y me busca con la mirada. Me acoge en un abrazo tierno y yo inspiro hondo para empaparme de su dulce aroma. Siento esa vibración en el centro de mi pecho de nuevo y me dejo llevar por el momento sin atender a nuestro escenario actual.

«¿Qué más da que sea un establo o un refugio? El lugar es adecuado si estamos juntos», me digo a mí misma.

En seguida se empieza a notar el calor de la chimenea y Matthew no duda en apartar la mesa y poner la manta en el suelo frente a ella. Nos sentamos y me quedo hipnotizada por cómo me mira. Nuestros encuentros han sido hasta ahora fugaces, muy separados en el tiempo y en ellos nos hemos dejado llevar por las emociones que sentíamos. Pero no hemos tenido la oportunidad de hablar, de conocernos, de verbalizar lo que sentimos...

Creo que *él* ha captado mi inquietud y toma la iniciativa.

—Crecí en Gloucester, en el seno de una familia noble. Aunque sabía que no me faltaría nunca de nada, pues tenía asegurada una renta anual importante, quise estudiar. Mis padres me apoyaron; sin embargo, mi padre siempre me reprochará no haber servido a la corona entrando en el ejército como había hecho él.

»Empuñar un arma nunca me ha gustado, ni cuando me llevaba de caza. Yo aprovechaba cualquier excusa para cuidar de los caballos, jugar con los perros... me gustan demasiado los animales como para matarlos...

Voy tomando nota mental de todo lo que me dice: es respetuoso con los animales, pacífico e intelectual. No quiero interrumpir su discurso, pues veo que tiene ganas de sincerarse conmigo. Solo asiento y le hago un gesto para que continúe.

—Mi hermano mayor es sacerdote, se encarga de una parroquia bien situada y obtiene muy buenos diezmos por las tierras colindantes que le pertenecen. Es el orgullo de mi madre. Luego está mi hermana pequeña, que se desposó la primavera pasada con un general que participó en la Guerra del Opio y volvió condecorado por ser uno de los artífices de la rendición de China. Ya te

puedes imaginar que es el orgullo de mi padre. «¿Qué mejor condecoración que la mano de una bella noble?», le dijo cuando negoció su compromiso.

Hizo una pausa para darme tiempo de asimilar toda la información.

—Y luego estoy yo, el único miembro de mi familia que ha ido a la universidad. Desde mi condición de abogado, intento ser justo y cumplir las leyes. Tuve un compromiso concertado, pero, con el matrimonio y la convivencia, surgió el amor... O eso creía. —Calla y me mira de nuevo con esa intensidad que me hace estremecer.

»Su turno, lady Vane —dice con una sonrisa pícara.

Después de recomponerme, empiezo a hablar.

—Nací, crecí y siempre he vivido en Exeter, en el condado de Devon. Soy la pequeña de cuatro hermanos, todos varones. Mi infancia fue feliz, mi compromiso también resultó concertado y, del mismo modo que tú, el amor vino después.

Guardo silencio con mil dudas sobre *él*, lo nuestro, lo que siento yo, lo que siente *él*... Al final, decido lanzarme:

—¿Tú te acuerdas de...? —dejo la pregunta sin terminar, arrepentida.

—¿De qué? —me insta.

—De mi fiesta de presentación. —He escupido las palabras y en cuanto me he oído a mí misma he sabido que no debía preguntarle eso.

—La recuerdo, sí —dice con una sonrisa—. La verdad es que cuando nos vimos el invierno pasado en el teatro, dudé de si eras aquella chica a la que miré en ese jardín y algo explotó dentro de mí. La duda me duró solo un instante; supe que eras tú. —Se pone la mano en el pecho al pronunciar esa última frase.

¡Sintió lo mismo que yo! ¡Lo sabía! Aunque tener la confirmación me hace sentir mucho más segura de esa conexión que tenemos.

—Pero... —Le iba a preguntar por qué no se acercó a mi mesa; no me hace falta terminar, *él* ya me ha entendido.

—Ya estaba comprometido. Vine a la presentación con mi esposa; mi prometida por entonces. Acompañamos a su hermano, que estuvo hablando con tu padre. —Me guiña un ojo.

»Lo que no imaginé es que la chica de la presentación me causara tanto impacto.

Justo en este momento entiendo el beso que *él* le dio en la mejilla a la rubia mientras yo desfilaba del brazo de mi padre y que me pareció tan poco adecuado. ¡Ya estaban comprometidos!

Bajo la mirada hasta toparme con la polvorienta manta. No sé cómo sentirme, un cabal de emociones se agolpa en el reducido espacio de mi pecho.

Él gatea hasta mí y me levanta el mentón con su mano.

—No pienses en el pasado, ya no podemos cambiarlo... ¡estamos aquí, ahora!

Sonríó. Tiene razón, sea como sea, el destino ha querido que nos reencontremos años después y nos ha dado una oportunidad de (re)conocernos, abrir nuestros corazones y compartir lo que sentimos. Es una bendición, aunque nuestra sociedad lo vea como algo pecaminoso y prohibido.

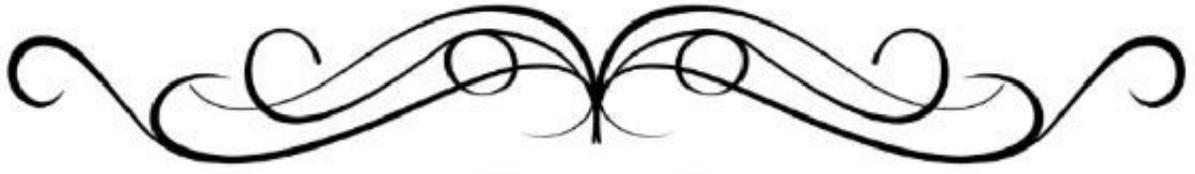
Entonces, acerca sus labios a los míos y me obsequia con un beso suave, tierno... No podemos detenernos y nos fundimos en un abrazo tan intenso, que parece que no queramos que este momento se acabe e intentemos aferrarnos a él con todas nuestras fuerzas.

Poco a poco nos despojamos mutuamente de la ropa, con delicadez, pero sin pausa... Tenemos la imperiosa necesidad de dar rienda suelta a nuestras emociones y demostrarnos todo eso que sentimos en nuestro interior, una vez más.

De pronto es como si el tiempo y el espacio dejasen de tener sentido y todos los límites de la

ciencia se esfumaran.

Es una sensación difícil de expresar con palabras, solo sé que mi mente ya no gobierna mi cuerpo, es mi corazón quien lo hace. Y de ese modo, nos abandonamos a la pasión más pura hasta caer exhaustos el uno sobre el otro.



Navidad



¡Por fin llegó la Navidad! Esa época del año en que las comidas y las cenas se convierten en eventos más opulentos y especiales. En estos días, la agenda de Oscar reduce su actividad y podemos disfrutar en familia de los juegos con los niños y de la visita de los abuelos. Son las fiestas que esperan con más ilusión y que más duras se hacen para el personal, pues se intensifica el trabajo.

Para mí serán unos días... largos.

Acordé con Matthew parar nuestros encuentros hasta pasadas estas fechas. *Él* no se opuso, como buen padre de familia.

Ambos nos sentimos apenados ante el hecho de no vernos en casi tres semanas, justo ahora que acabamos de empezar y hemos confesado lo que sentimos... pero era lo más adecuado.



—Abigail, hija, no estás probando el asado —dice mi madre observándome desde el otro lado la mesa.

—No tengo mucha hambre —me disculpo—. Serán los nervios por la llegada de Papá Noel. —Dirijo la mirada a los niños con una sonrisa, recordándoles que deben portarse bien esta noche si quieren recibir presentes.

Es Nochebuena y los pequeños esperan los regalos con ilusión. Colgaron antes los calcetines de lana en la chimenea.

En cuanto acabemos la cena, entonaremos los villancicos tradicionales; los acompañaremos de un ponche caliente y dulces hechos por Juliette, que hacen las delicias de todos. Al pensar en ellos, algo por dentro se vuelve a retorcer.

La verdad es que no me siento muy bien y prefiero no comer mucho. Las copiosas comidas de estos días no ayudarán a mi estómago revuelto.

Entonces, un pensamiento atraviesa mi mente: Matthew. Me pregunto qué estará haciendo... Y una enorme tristeza me inunda de repente. Aprovecho el momento que pasamos al salón para secarme una lágrima furtiva que recorre mi mejilla. No entiendo a qué viene esta tristeza repentina... soy muy consciente de lo que implica citarme con *él* a escondidas y seguir con nuestras vidas, ¡fui yo quien se lo propuso! Es como si esta emoción que siento ahora no fuera... mía. Decido no hacer caso y seguir disfrutando de mi familia.

Me siento al pianoforte, sé que tocar me hará bien para deshacerme de esos pensamientos que me asaltan. Acompasar los villancicos de mis hijos es algo que me alegra, me divierte. Y así pasamos la velada, hasta que los niños empiezan a bostezar.



—Buenos días, padre —saludo al entrar al comedor—. ¿Ha muerto alguien conocido?

A mi padre le gusta consultar las esquelas y enterarse de quién ha fallecido en los estamentos más altos de la sociedad. Opina que presentar las condolencias rápidamente te hace ser más respetuoso con la familia. Incluso dice que eso es más importante que felicitar por un cumpleaños.

—Solo hay dos mujeres, que ya eran viudas, y un miembro del ejército retirado... «Teniente general, Sir William de Gloucester» —lee en voz alta.

Mi sangre se hiela al escuchar el nombre; es el padre de Matthew. Vuelvo a sentir esa tristeza en lo más profundo de mi pecho.

—¿Le conocía, padre? —le pregunto intentando no parecer demasiado afectada.

—Lo suficiente para tener que enviar un telegrama con mis condolencias. Alguien que luchó por la corona siempre se merece mis respetos.

—Debe de ser terrible fallecer en Navidad... —digo a modo de pensamiento en voz alta.

—Murió mientras dormía, en su casa, rodeado de sus hijos y nietos —apunta mi padre—. No me parece una mala forma de acabar.

Asiento y no digo nada más mientras me dispongo a desayunar. Me gustaría poder transmitirle a Matthew mi pesar por su pérdida, pero acordamos que nada de comunicaciones, así que me trago la pena con un sorbo de té amargo.

De fondo, escucho las carreras de los niños bajando por las escaleras. Están entusiasmados, pues van a abrir por fin los esperados regalos.

—Chicos, primero tenéis que desayunar —les digo desde la mesa.

—Escuchad a vuestra madre —les insta Mary que les da alcance justo antes de que entren al salón. Los arrastra hasta el comedor no sin acallar antes sus quejas.

—A Papá Noel no le gustará ver que no obedecéis —les advierto con un posado serio.

Ellos dejan de forcejear y se sientan a la mesa, dispuestos a desayunar.

La calma dura solo diez minutos en los que engullen, casi sin respirar, las salchichas envueltas en tocino y las patatas asadas. Después de eso, ya no puedo retenerlos más. Me levanto y me dirijo al salón con ellos.

Al abrir la puerta y mostrar el gran árbol repleto de regalos en su base, sus caritas se iluminan con una luz única: la luz de la ilusión, de la inocencia. Aún no saben lo afortunados que son... que somos.

Desde que hace una década atrás se instalara la tradición del árbol de Navidad nunca ha faltado en mi casa. Me parece una maravillosa forma de celebrar estos días, con los adornos y el olor a naturaleza que aporta este elemento en el salón.

Mientras mis hijos desenvuelven los regalos entre gritos y sonrisas vuelvo a perderme en mis pensamientos.



Las campanas de la iglesia resuenan con fuerza al mediodía, anunciando la misa que está a punto de comenzar.

Con nuestras mejores galas ocupamos los primeros bancos del templo; yo ni siquiera me quito el abrigo de pieles, el frío arrecia fuera, pero en el interior del edificio no se está mucho más cálido. De hecho, nadie se despoja de capas ni de guantes.

Sostengo de la mano a David, sentado a mi lado, mientras que mantengo en mi regazo al pequeño Andrew. No sé si aguantará durante toda la misa, el párroco suele hacer los sermones un poco largos.

El año pasado, empezó a llorar y Mary se lo tuvo que llevar para que no entorpeciese el rito. Fue un poco vergonzoso, porque todo el mundo me dedicó miradas de reproche, juzgando mi labor de madre.

Esta vez estoy dispuesta a ocuparme de ellos y que asistan a toda la celebración.



«¡Oh, cuán afortunados somos en estos días, porque no estamos sujetos a los fieros sufrimientos que sí padeció el niño Dios! El hombre que, en lo crudo del invierno, cuando su fuerza vital está al mínimo, es tentado por la tristeza al pensar en los asientos vacíos de sus seres queridos ya muertos, resulta benéfico que halle una razón para poner una sonrisa en su rostro. La Navidad es una época que inspira pensamientos de alegría y de gratitud».

Después de las oraciones, hemos entonado el himno del *Te Deum* y el *Magnificient*.

Alguien a mi espalda ha mostrado tal énfasis al cantar, que su voz, un tanto desafinada, ha

destacado por encima del resto. Luego ha venido la lectura del Antiguo Testamento, primero, y del Nuevo Testamento, a continuación. Y, finalmente, el pastor acaba de iniciar su tradicional sermón.

Algunos de los asistentes hacen esfuerzos por disimular los bostezos. Por suerte, Andrew se ha quedado dormido en mi regazo, mientras que David sigue estoico cada palabra del cura. O esa es la impresión que me da. Yo, en cambio, no he podido evitar pensar en Matthew de nuevo cuando el párroco ha comentado el espacio vacío de los seres queridos muertos. *Él* sí que tendrá que hacer un esfuerzo para ofrecer una sonrisa en estos días...

«Alegría, por la llegada del salvador; gratitud, por el sacrificio de nuestro Señor, que nos ofreció la vida de su hijo para ayudarnos a nosotros, pecadores. Amor, amor incondicional es el que nos recuerda Lucas que depositó El Mesías en nosotros, sin tener en cuenta nuestros pecados. Y yo les insto ahora a cuestionarse si merecíamos tal redención. ¿La merecíamos?».

Me he perdido entre tanta palabrería y no quiero hacer ese ejercicio de reflexión. ¿Dónde me llevará el hecho de pensar si mis pecados merecen redención? Está claro que no quiero verme como una pecadora, aunque es inevitable. La moral me empuja a cuestionar mis acciones de los días pasados con Matthew. Me esfuerzo a pensar que Dios es benevolente y se apiadará de mi alma cuando llegue el momento.



De vuelta en casa nos espera una suntuosa comida con el tradicional pavo relleno, coles de Bruselas y demás verduras asadas. Y, de postre, mi preferido: el pudín de Navidad; con ciruelas y crema para los pequeños, y con salsa de brandy para los mayores. Riquísimo. El estómago me ha dado una tregua y me ha permitido poder degustar la comida, pues mi austero desayuno, compuesto de un único té, me ha ayudado a abrir el apetito. Y aun disfrutando de la comida y de la compañía, vuelvo a pensar en Matthew... La Navidad se me está haciendo más larga de lo que esperaba.



El día despunta nublado y gris. Parece que mi pauta de sueño ha variado. Antes era incapaz de dormir, siempre estaba desvelada y, ahora, soy incapaz de despertarme por mí misma antes de las diez de la mañana.

Ha tenido que entrar Juliette para alertarme de que estaban todos en el comedor preparados para desayunar. Incluso Oscar, cuando se ha levantado ha intentado despertarme sin conseguirlo.

Bajando por la escalera vuelvo a sentir esa sensación en mi barriga. Me lamento al pensar que este malestar me va a acompañar durante todas las navidades.

Al entrar en el comedor intento mostrar mi mejor sonrisa y me disculpo por mi retraso.

Hoy es un día de solidaridad.

Esta tarde iremos a la parroquia a ofrecer mantas, alimentos y ropas para la gente pobre. Me gusta que los niños aprendan este acto de dar y compartir con aquellos que más lo necesitan.

Pero antes, repartiremos regalos entre el personal de nuestra casa. Ser agradecida con los demás es una virtud que debería estar más extendida, y creo que es como devolver una parte de la suerte que yo he tenido en la vida.

—Vaya... ¡Muchísimas gracias, Ab... Lady Vane! —exclama Juliette, rectificando a tiempo mi nombre delante de todos.

Le he regalado una caja de las más variadas especias que he podido encontrar: cúrcuma, anís estrellado, pimienta, cilantro, cardamomo, romero, clavo... Hay algunas que ni siquiera sé cómo se llaman, pero estoy segura de que ella les dará un buen uso.

—Encontrarás otro detalle en la alacena de la cocina —le digo en un susurro guiñándole un ojo. Ella me sonríe a la par agradecida y sorprendida, pero dudo que espere que le he comprado un set de destilar, con un alambique de cobre que brilla como un otoño soleado.

Y sigo ofreciendo presentes al resto del personal con alegría, aunque mi malestar me recuerda que sigue presente.



Después de comer, solo aquello que mi estómago ha tolerado, me he retirado a mi habitación, pues necesitaba descansar.

Juliette entra por la puerta acompañada de una bandeja con una tetera humeante.

—Le traigo una tisana que la aliviará —me dice con cara de preocupación, aunque por la comisura de sus labios se percibe una sonrisa a medias—. ¡Me encanta mi nuevo alambique! Ya puedo desterrar esa olla vieja donde jugaba a destilar. Gracias.

—Me alegra que te gustara el regalo, te lo mereces, ya sabes cuánto te aprecio.

—Tome, beba un poco —me dice ofreciéndome una taza recién servida de una infusión de color claro.

—No te preocupes... —Cojo la taza y con la mirada le agradezco el detalle.

—Es que no quiero pensar que le haya sentado mal algo que haya salido de mi cocina —dice apretando los dientes.

—No creo que sea eso... —le respondo bajando la mirada—. Creo que ya sé qué me

ocurre... —Hago un silencio mientras me acaricio la barriga.

—Un momento... —Juliette abre mucho los ojos—. ¿Estás embarazada?

—No grites —le recrimino—. Todavía no se lo he dicho a nadie. Pero sí, lo estoy; tengo los mismos malestares que cuando me quedé encinta del pequeño Andrew.

»Puede que sea una niña esta vez —digo ilusionada.

—Solo espero que te encuentres mejor y que nazca sano, sea niño o niña. Pero... — Juliette se lleva la mano a la boca—, ¿puedo preguntarte algo?

—Si es sobre el padre... es Oscar, por supuesto.

—¿Cómo puedes estar segura?

— Eso es una cosa que una mujer sabe... ¿Acaso dudas de mi palabra?

—¡No, claro que no dudo! ¿Y qué pasará ahora con Matthew?

—Pues tendremos que dejarlo... —digo con una mueca.

Juliette posa sus manos sobre las mías y me dedica un beso en la frente con tanto cariño que me entenece.

Cuando sale por la puerta, algo en mi pecho se desgarró y soy incapaz frenar el llanto que se abre como una compuerta desbocada por un torrente. No puedo creer que mi historia con Matthew termine justo después de empezar... Hundo mi cabeza en la almohada y deshago mi pesar en ella.



El resto de los días hasta fin de año transcurren lentos y reflexivos. He decidido esconder mi condición hasta que pueda hablar con Matthew, pues en cuanto mi familia sepa que espero otro hijo se volcarán en mí, sobre todo mi madre, que se trasladará a vivir con nosotros, tal y como hizo cuando tuve a los niños. Entonces me será imposible hacer nada a solas, es por eso por lo que no puedo decirlo hasta haber aclarado la situación con Matthew.

Sabiendo qué me ocurre, me es más fácil disimular los síntomas ante los demás. Las náuseas solo son por la mañana, mi apetito ha aumentado y mi estómago tolera más que antes.

Además, el cansancio después de comer no es un problema, pues mis padres suelen retirarse a sus aposentos para descansar un rato antes del té, así que yo hago lo mismo sin levantar sospechas por ello.



La última noche del año se presenta blanca y fría. La nieve hace días que lo cubre todo y ofrece una estampa muy idílica a pesar de las bajas temperaturas que les quitan a los niños horas de juego en el exterior.

—Recuerda dejar la puerta de atrás abierta esta noche, para que salga el año viejo —le recuerdo a Juliette esta tradición que lleva en mi familia desde que tengo uso de razón.

—Sí, no se preocupe, lo tengo previsto —asiente ella mientras nos disponemos a cenar.

Las fiestas ya se acaban y podremos recuperar la rutina. Pasado mañana mis padres vuelven a su casa, Oscar retoma sus reuniones y yo he quedado con Matthew para nuestro último encuentro, aunque *él* aún no lo sabe.



Es lo correcto



Recuerdo muy bien dónde se encuentra el refugio de caza; la pequeña cabaña escondida en medio del bosque y que nos dio cobijo hace tan poco, y a la vez, hace tanto. Muchas cosas han pasado durante las vacaciones de invierno que van a cambiar lo nuestro para siempre.

He tomado una decisión al respecto y ya no hay posibilidad de que cambie de pensamiento. Ya no más dudas, ya no más dejarse llevar por los instintos... El destino ha querido unirnos ahora y separarnos ya. Nuestras situaciones ya eran complicadas, pero este embarazo me ha hecho ver que esto era un error, que está mal...

Llego antes de tiempo, pero no me importa tener que esperar. Me siento en el polvoriento sofá. Matthew no tarda mucho en aparecer por la puerta y mostrarme una gran sonrisa. Sin mediar palabra se acerca y nos fundimos en un abrazo. No quiero aferrarme mucho a él, pero aprovecho la ocasión para empaparme por última vez de su aroma, de su tacto, de su calidez...

—Siento mucho la muerte de tu padre. —Rompo el hielo con mis condolencias.

—¿Te enteraste?

—Sí, por la esquila del periódico. Mi padre la leyó.

—Gracias. Fue de repente, nadie lo esperaba. Por eso ha sido tan duro, y más en estas fechas, ya sabes... los niños.

—Sí, puedo imaginarlo, fue lo que pensé. —Y lo que sentí. Aunque esto no lo digo en voz alta.

—Te he echado de menos. —Vuelve a estrecharme entre sus brazos.

—Yo también —digo amargamente en un susurro; casi sin quererlo.

—¿Cómo puede ser esto posible? —Señala primero su pecho y luego a mí. Aún no entiende el amor que sentimos y sé que voy a partirle el corazón en cuanto haga lo que he venido a hacer... No puedo alargar más esta agonía.

—Yo... tengo algo que decirte.

Él suelta su agarre y me mira directamente a los ojos. Supongo que mi tono de voz no ha

sonado muy esperanzador.

—¿Qué ocurre? —Se ha puesto serio y parece preocupado.

—Estoy embarazada. —Suelto como una bomba. Un silencio se levanta entre los dos. *Él* cambia su semblante—. De Oscar.

Vuelve a cambiar su cara de nuevo y ahora parece abatido.

—Tenemos que dejar de vernos.

—De acuerdo, lo entiendo. En unos meses...

—No, Matthew. Este es el final.

—Pero... No pasa nada. Me refiero a que puedo esperar; te he estado esperando toda mi vida sin saberlo... ¡Un año no es nada!

—No se trata de eso... ¿No te das cuenta? Esto no está bien y creo que el hecho de que me quedara embarazada justo ahora es una señal diciéndome que debo parar esto.

—No hagas referencia a nuestro amor como «esto». Ya lo hablamos la última vez y estuvimos de acuerdo en que no hay nada de malo o vergonzoso en querernos, aunque nuestras situaciones no sean las más adecuadas.

Yo desvío la mirada, pues el dolor que siento en mi alma es tan grande que no quiero que mis ojos me traicionen y Matthew sea capaz de ver mi sufrimiento, mi debilidad a través de ellos.

—¿Es que no lo sientes igual que yo? ¿Es que ya no lo sientes? —Insiste.

—No tiene nada que ver con... —Cubro mi rostro con las manos e inspiro hondo. Debo ser más contundente; más cruel. Esto me va a doler más a mí que a *él*—. No... Ya no siento lo mismo —miento.

En ese instante creo escuchar cómo algo en su pecho se rompe y lo veo en su cara descompuesta. Baja la mirada al suelo intentando encajar lo que acabo de decir, lo que le estoy pidiendo.

—Está bien —responde al fin—. Yo solo quiero tu felicidad. Y si lo que deseas es que nos dejemos de ver... pues que así sea.

»Justo ahora que te había encontrado... No puedo retenerte, no puedo hacer que vuelvas a quererme... el amor que siento, yo... —se lamenta para sí mismo.

—Quizás volvamos a encontrarnos —le digo sin pensar—. En otra vida.

—En otra vida —repite mientras me coge de una mano y me la besa con mucha delicadeza y cariño. Unas lágrimas escapan de sus ojos y llegan hasta mí. Está llorando. Jamás antes había visto llorar a un hombre tan abiertamente. Su desconsuelo me invade. Yo entrecierro los ojos para retener todo lo que puedo mi propio llanto. No quiero flaquear ahora, debo mantenerme firme, en mi centro. Sé que estoy haciendo lo correcto; a pesar del dolor.

Pasados unos momentos, me levanto y me dirijo hacia la puerta sin mirar atrás. Tengo la tentación de volverme y darle un último abrazo, decirle que lo quiero y que seguiré queriéndolo,

pero sé que no debo hacerlo, no puedo. El dolor es demasiado intenso.

—Adiós, Matthew. —Consigo decir sin que se me quiebre la voz.

—Te deseo lo mejor, Abigail.

Salgo corriendo de la choza y atizo a Pellet para que su galope sea lo más veloz que pueda. Debo alejarme lo más rápido posible de aquí. Si estoy en su presencia un instante más, sé que acabaré sucumbiendo a esa vibración que siento en el corazón.

Ahora, ya nada me impide dejar salir las lágrimas a su antojo. Mi visión se vuelve borrosa, pero confío en la yegua, ella sorteará cualquier obstáculo que nos crucemos en el camino.

No me puedo creer el dolor que siento en el centro de mi pecho. Es como si un agujero se abriera paso en la carne viva y una gran nada me inundara a través de él. Tanto amor retenido durante tanto tiempo y ahora este vacío insoportable. Lo único que puedo hacer para aligerar el sufrimiento es... llorar, sollozar, desgarrar mi garganta con cada grito que se tragan los árboles del bosque de Ashclyst a mi paso desesperado por sus entrañas.

Aunque duela, me repito una y otra vez: «Es lo correcto. Es lo correcto. Es lo correcto».



Sudores nocturnos



Ha pasado mucho tiempo desde que sentí por última vez la brisa acariciándome el rostro; tanto, que algunos recuerdos empiezan a desdibujarse en mi memoria.

Todo empezó cuando los sudores nocturnos aparecieron para quedarse. Cada noche me asaltan pesadillas que alteran mi sueño y me despierto empapada en sudor. La dificultad para respirar acompaña a la fiebre alta, que más de una vez me hace delirar.

El médico me ha prescrito baños fríos y sangrías regulares, con el objetivo de limpiar mi sangre y eliminar lo que sea que me enferma.

Pero cada vez me siento más abatida... Prácticamente ya no me muevo de la cama.

Juliette me cuida todo lo que el trabajo le permite y mi preciosa Annie no se separa de mi lado.

Annie es mi hija, la pequeña, acaba de cumplir los quince años y pronto celebraremos su presentación en sociedad; cuando me encuentre mejor... aunque empiezo a perder la esperanza de verla del brazo de Oscar vestida para la ocasión. Cada día estoy peor y muero un poco más cada noche.

En momentos en los que la fiebre me lleva lejos de la realidad me vuelvo a encontrar con Matthew, en nuestra cabaña de caza, sentados sobre la manta de tartán.

A veces me pregunto cómo puedo seguir pensando en *él* habiendo pasado tantos años; pero luego me doy cuenta de que lo nuestro es imposible de borrar, pues lo que nos une supera los límites del tiempo y del espacio.

Siempre lo he sabido; seguirá presente en mí hasta el final...

—¡Madre! —Annie se levanta y corre hacia mí para acercarme un poco de agua. Los ataques de tos me dejan exhausta, sin fuerzas... la falta de aire me impide incluso hablar. Es desesperante.

Y cuando la tos cesa, llega un poco de paz. Me limpio con el pañuelo los restos de saliva y sangre que se me acumulan en las comisuras de los labios y me enjuago con el agua que me ha acercado Annie.

Sin mediar palabra la miro y le agradezco sus atenciones. Ella intenta sonreír sin evitar mostrar su preocupación creciente. Tiene unos preciosos ojos grandes, redondos y azules como un mar profundo.

Empiezo a sentir cómo huye de mí la energía, no me quedan fuerzas y me estoy cansando de luchar contra una enfermedad que me está apagando. Creo que ha llegado el momento de confesar, no puedo irme de aquí con esta losa en mi conciencia.

—Annie... —le digo levantando la mano y cogiendo la suya que me acaricia el pelo.

—Dime, madre. ¿Qué necesitas?

—Escucha... —Le hago una señal para que se acerque todavía más. Quiero hablarle al oído; mi voz es solo un susurro ininteligible a causa de la boca seca y quiero que me entienda bien.

Ella se acerca hasta que mis labios rozan su oreja.

—Tu padre... tu padre... —No me salen las palabras.

—¿Quieres que vaya a buscar a papá?

—No —niego con la cabeza.

—Está bien, tranquila. Inténtalo de nuevo.

—Tu padre... no... Oscar.

—¿Qué? No te entiendo, madre.

—Oscar... no... —La falta de aire me hace hablar de forma muy entrecortada.

—Pero... —Se aparta hasta tener mi mirada clavada en ella. Me pone una mano en la frente para comprobar la temperatura—. Creo que vuelves a tener fiebre.

—No, escucha... —Me esfuerzo por mantener el contacto visual con ella y transmitirle con mi mirada la necesidad de que me preste atención.

—A ver, madre. Repite.

—Tu padre... Matthew... de Gloucester.

—¿Matthew de Gloucester?

—Fuimos... amantes.

—¿Qué? ¿Y papá?

—No lo sabe... nadie... —Me he quedado sin fuerzas y necesito recuperarme.

Los ojos de Annie muestran su incredulidad y nerviosismo. Se le ven más grandes que de costumbre, pues los tiene abiertos al extremo a causa de mis palabras.

—No puede ser, no puede ser. —Repite una y otra vez. Se levanta, se vuelve a sentar. Parece que no sabe muy bien qué hacer. —Madre, ¿me acabas de decir que Oscar no es mi padre?

—Sí... Juliette. —El aliento se escapa de mi boca casi sin fuerza. Le hago una señal para que la vaya a buscar.

—Vale, Juliette. Ella debe saber algo, ¿no es así? —Le digo que sí con un gesto.

Entonces se levanta y sale de la habitación como llevada por un resorte.

Cuando está de vuelta, va tras ella Juliette.

—Madre, Juliette está aquí. Ella me dice que no sabe nada de sir Matthew de Gloucester.

Miro a Juliette con cara de súplica. Sé que su lealtad seguirá intacta incluso después de mi marcha.

—Por favor... —le digo mientras le cojo de la mano. Le señalo a mi hija—. Matthew... padre.

—Lo supe el primer día. —Se cubre el rostro a la vez que se sienta en mi cama—. ¡Lo supe, aunque tú no me lo dijeras! Sabía que Annie no era de Oscar. Pero callé, respeté tus deseos.

Me da un beso en la frente y dirige su mirada a mi hija, que no puede creer lo que está oyendo.

—Tu padre es sir Matthew de Gloucester, un noble abogado con el que tu madre tuvo una breve relación justo antes de que nacieras. Aún le quieres, ¿verdad? —Esta vez me mira a mí y me lanza esa pregunta de respuesta más que evidente. Yo cierro los ojos y estiro mis labios en una mueca de dolor. —Lo sabía. Todo este tiempo... Lo sabía.

Annie se ha quedado muda, sentada a los pies de mi cama. Parece que intenta entender la situación que me llevó a hacer eso: a engañar a mi marido. Y a guardar un secreto tan grande, tan pesado, tan doloroso. Toda una vida queriendo a otra persona, desde la distancia, desde el

pensamiento.

Otro ataque de tos me sacude y mi débil cuerpo ya no puede más. Una gran mancha de sangre salpica las sábanas justo en mi regazo. No he tenido tiempo de llevarme el pañuelo a la boca. La cantidad de sangre en mis esputos es cada vez mayor.

—Voy a llamar al doctor. —Juliette se levanta y desaparece por la puerta, no sin antes secarse las lágrimas de los ojos.

Siento que la vida se me escapa. Me cuesta mantener abiertos los párpados.

—Madre —Annie se ha sentado junto a mí—, te quiero —me susurra al oído a la vez que me dedica un cálido abrazo.

Yo me destenso y me dejo llevar por esa cálida y plácida sensación de amor incondicional.

Lo último que veo, antes de sucumbir al peso de mis párpados, son los ojos de Annie llorosos.

Siento un beso en mi frente y una agradable paz que se va apoderando de mí, poco a poco, como si fuera víctima de un sopor irrefrenable, como si no fuera dueña de mi cuerpo, que cada vez pesa menos... me elevo, floto... cada vez más ligera, liviana. Hasta que, finalmente: calma, por fin, en calma.



Epílogo



Abigail Vane murió de tuberculosis a los 41 años en su casa de Exeter el 11 de febrero de 1861, rodeada de sus seres queridos: sus hijos, David y Andrew; su hija, Annie; su marido, Oscar; su dama de compañía y confidente, Juliette...

Su historia es una de esas anónimas que no trascienden, que pasan desapercibidas... aunque durante un periodo de tiempo, su cotidianidad se vio alterada por los encuentros con Matthew y ese fue el centro de gravedad de su vida entonces. Se dejó llevar por los instintos, incluso cuando su mente, condicionada por la educación recibida, iba por un lado y su corazón por otro.

Pero como en toda historia de vida hay decisiones que hacen virar el sentido de los acontecimientos; ella se arriesgó a escuchar a su razón, trasladando su centro a su familia; dejando de lado lo que sentía, obviando que lo suyo con Matthew superaba cualquier entendimiento.

Su hija fue el fruto de ese amor prohibido y también fue el motivo que empujó a Abigail a ponerle fin a esta historia.

Annie, ante la confesión que obtuvo de su madre en el lecho de muerte, emprendió la búsqueda de sir Matthew de Gloucester y, de ese modo, conocer a su verdadero padre. Lo conseguiría casi un año después, con la ayuda de Juliette y a espaldas del resto de su familia, quienes continuaron sin saber nada de lo ocurrido, tal y como Abigail hubiera querido.

Matthew seguía con su familia y ejerciendo de abogado, pero se había trasladado a vivir más al norte, cerca de su madre viuda.

Conocer a Annie le supuso reabrir una herida que todavía no había sanado y, tal vez, jamás lo haría.

La conexión que lo unía a Abigail estaba aún latente en su corazón, aunque la había intentado desterrar al olvido para evitar el dolor, pero todos sus esfuerzos fueron en vano.

«El amor que sentimos sobrevivirá a nuestra propia muerte», esas fueron las palabras que usó para describir su historia.

Y añadió algo que Abigail le había dicho en su última cita: «Quizás nos volvamos a encontrar... en otra vida».

Fin



Agradecimientos



Quiero dedicar un especial agradecimiento a mi amiga **Júlia**, pues sin su complicidad, esta historia no hubiera sido una realidad. Ella me alentó a llevar a cabo este proyecto, incluso sabiendo que no era mi registro habitual. Además, el nombre de Juliette se debe al suyo.

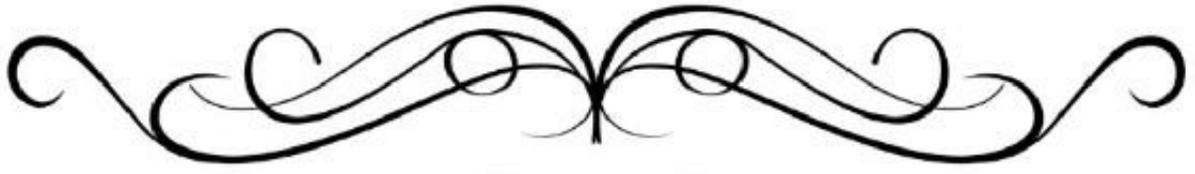
Gracias también a la ilustradora cántabra **Andrea Obregón** (<http://andreaobregon-art.blogspot.com/>), por lo fácil que es trabajar con ella y que sea capaz de captar en dibujo lo que mi mente ve.

El resultado final del texto no sería el mismo sin las aportaciones de mis **lectores cero**; desde aquí mi eterno agradecimiento por su inestimable ayuda:

- A mi *sister* y colega de letras: **Jessica Galera**. <https://jessi-ga.wixsite.com/fantepika>
- A mi compañera de blog y excelente correctora: **Uxue Montero**.
<https://lunapaniagua.wordpress.com/>
- A **Sergio**, a quien no le gusta el género romántico, pero aceptó ser mi «conejillo de indias» con esta historia.

Y finalmente, **gracias a ti**, por haber comprado y leído este libro. Te invito a que dejes un **comentario** en Amazon o en Goodreads.

¡Te espero en mi próximo proyecto!



Sobre la autora



Hola, soy Lidia Castro Navàs y nací en Flix, un pueblo de Cataluña, en 1979. Después de licenciarme en Historia, me especialicé en Historia antigua y género.

Desde 2011 ejerzo como profesora de secundaria. Imparto clases de Ciencias Sociales y Lengua Castellana y Literatura a cursos de la ESO. Dar clases es mi vocación y disfruto mucho de ello.

Entre mis dispares aficiones se encuentran: viajar, hacer fotos, practicar yoga, jugar a videojuegos, leer y, por supuesto, escribir. Esta última afición me llevó a crear un blog y quedé prendada del mundo bloguero.

Desde entonces no he parado de publicar de forma periódica microrrelatos y relatos cortos de muy variados temas, aunque mis géneros predilectos son la fantasía y la ciencia ficción.

Mis autopublicaciones en [Amazon](#) son:



Mis historias y otros devaneos

Lidia Castro Navàs



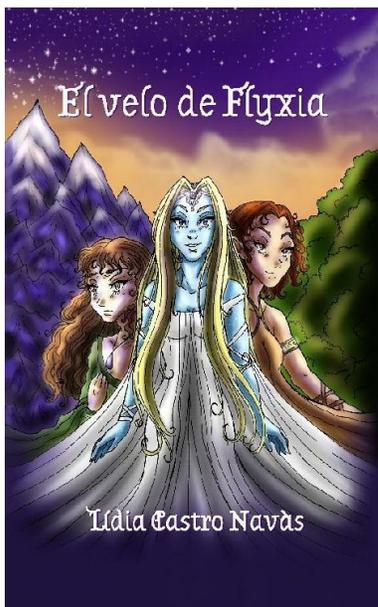
Mis historias y otros devaneos, un recopilatorio de 101 microrrelatos autopublicado en mayo de 2017 (ISBN: 9781546554479).



Angela. El despertar del amor y de la espiritualidad, una novela juvenil de corte romántico y espiritual autopublicada en agosto de 2017 (ISBN: 9781974380237).



La bruja, la espada y la hija del herrero, una novela juvenil de fantasía y ciencia ficción autopublicada en abril de 2018 (ISBN: 9781985375499).



El velo de Flyxia, una novela juvenil que mezcla la fantasía y seres mitológicos que habitan en un mundo, Katax, inventado. Autopublicada en agosto de 2018 (ISBN: 9781717807168).

También tengo relatos descargables de forma gratuita en Lektu (lektu.com/e/lidia-castro/749)

Te invito a seguirme en mis redes sociales y en mi blog:

Twitter: [@lidiacastro79](#)

Facebook: [lidiacn79](#)

Instagram: [lidiacastro79](#)

El blog de Lidia:

www.lidiacastronavas.wordpress.com